

SIEMPRE

fuiste tú



Vega Manhattan

SIEMPRE
fuiste tū

Vega Manhattan

Siempre fuiste tú.

©Vega Manhattan.

1º Edición: Diciembre, 2019

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el previo permiso del autor de esta obra. Los derechos son exclusivamente del autor, revenderlo, compartirlo o mostrarlo parcialmente o en su totalidad sin previa aceptación por parte de él es una infracción al código penal, piratería y siendo causa de un delito grave contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personaje y sucesos son producto de la imaginación del autor.

Como cualquier obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia y el uso de marcas/productos o nombres comercializados, no es para beneficio de estos ni del autor de la obra de ficción.

Prólogo

15 años antes...

—¿Estás bien?

Asentí con la cabeza y sonreí, avergonzada. Lo que acaba de ocurrir entre Liam y yo no lo olvidaría nunca. Era el primer chico con el que estaba y deseaba que fuera el único.

Aunque no era tan ingenua como para creer que eso llegase a ocurrir. Tenía, solo, quince años. Pero para él no había sido su primera vez, yo no era la primera chica a la que tocaba de esa manera.

Liam era un seductor, todas suspiraban por él. ¿Cómo no hacerlo si era el chico más guapo que había conocido en mi vida?

Y, para colmo, era encantador, al menos conmigo. Un poco borde, pero eso a mí no me importaba.

Cuando sonreía, las chicas de mi edad no eran las únicas a las que haría falta ponerles un babero.

Pero Liam no era todo sonrisas y buen rollo. Era, también, un grano en el culo. Solo que un grano que no quería estallar.

El mejor amigo de mi hermano, dos años mayor que yo y que siempre estaba pendiente a mí. Según decía él, si no me protegía, a saber en los líos que me metía.

Y no era del todo incierto.

Solo que, esa vez, él se había metido también en uno.

—No tienes que poner esa cara, Liam, no se lo contaré a nadie—fruncí el ceño al ver el disgusto en su rostro y me quedé pensando en qué más podía decir—. Lo hice porque quise —aseguré.

—No es eso —suspiró—. Es solo que... Es extraño, tú y yo... No sé —se pasó las manos por su largo pelo y lo dejó aún más revuelto.

Aunque no era una experta, podía imaginar qué le estaba preocupando.

—Ha estado bien, pero olvidemos el tema.

—¿Ha estado bien? —preguntó con los ojos abiertos como platos. Pues sí, eso dije, ¿no era lo que se esperaba?— Tienes quince años, Eva. Acabo de hacer que dejes de ser virgen. ¿Cómo demonios me dices que olvide el tema? Joder, ¡que eres tú! —iba a perder la paciencia. Algo que solía ocurrirle muy a menudo conmigo.

—¿Y qué? —fruncí el ceño— ¿No lo olvidas con las demás con las que te acuestas? —me estaba enfadando.

—Tú no eres las demás. Y joder, esto no tenía que haber pasado —gruñó.

Eso no, eso sí que no tenía que decirlo. No pedía un abrazo, nada de lo que me gustaría. Sabía, en todo momento, qué era lo que estaba haciendo. Y lo que quería.

Lo tuve. No era momento para lamentarse, porque yo no me quejaba, al contrario.

Siempre quise que fuera él.

—No te obligué a hacerlo —ya, muy enfadada, salí de mi dormitorio.

Mis padres habían acompañado a Alan al penúltimo partido de la temporada. Liam estaba lesionado, así que no podía jugar. Y yo tampoco quería ir, me aburría el fútbol americano.

Con lo que sucedía no quisieron dejarme sola y tuvieron la mala idea de pedirle a Liam que me acompañase.

Yo no estaba bien, lo que estaba viviendo me tenía casi sin dormir. Pero intentaba que nadie supiera cuánto me afectaba.

Con Liam no servía, nunca había podido ocultar mis emociones cuando de él se trataba.

Estaba agobiada, contándole sobre ello y alguna que otra lágrima derramándose por mis mejillas. Él intentó consolarme. Yo deseaba esa cercanía.

Terminamos, casi sin darnos cuenta, besándonos en el sofá. Y terminé teniendo lo que soñaba, que Liam fuera el primero.

—Nadie obligó al otro a nada, Eva. Los dos sabíamos muy bien lo que estábamos haciendo. Bueno... Yo más, pero tú tampoco eres tonta —venía bajando las escaleras detrás de mí.

—Entonces deja el maldito tema —gruñí.

—Controla esa lengua —me advirtió.

Yo puse los ojos en blanco. Volvía a ser el mismo de siempre, tenía complejo de hermano mayor. Tal vez porque tenía dos hermanas pequeñas a las que cuidar y me convertía, también a mí, en una de ellas. Mi cruz...

—Déjame en paz, Liam.

—Eva —me agarró del brazo cuando entré en la cocina y me hizo girarme para mirarlo.

En ese momento tenía lágrimas en los ojos. Acababa de perder mi virginidad y joder, no es que esperara un “juntos para siempre”, pero tampoco terminar discutiendo y escuchando que eso no tenía que haber ocurrido.

¡Que solamente era una adolescente!

—Déjame —quise soltarme.

—No —negó rápidamente—. No me gusta verte llorar y lo sabes —limpió las lágrimas de mis mejillas con sus dedos.

Cerré los ojos, suspirando por su caricia.

—Liam... —lo miré de nuevo— Olvida todo, como si nunca hubiera pasado.

Intentaba hacerme la mayor, la dura, esperando que funcionase. Ya después lidiaría conmigo misma por lo que había hecho.

—¿Estás segura? —escudriñó mi cara.

—Claro. ¿Qué harás si no? ¿Contárselo a mi hermano? —resoplé.

Él puso una mueca de “ni en un millón de años”.

—Me destrozará la cara.

—No dudo eso —sonreí—. Entonces... ¿Amigos? —de algo me servían todas las películas románticas que mi madre me obligaba a ver con ella.

—Amigos —sonrió y, para mi sorpresa, me dio un dulce beso en los labios.

—¿Los amigos hacen eso?

—No sé —se encogió de hombros—, eres la primera amiga que tengo.

—Ya, claro —bufé—. ¿Y todas las demás qué son?

—Chicas sin importancia —dijo rápidamente.

—En fin... —me separé de él y abrí el congelador— No hay helado —me quejé.

—Pues tendrás que conformarte con otra cosa.

—Vamos, Liam. Una salida rápida al veinticuatro horas, nadie se dará cuenta. Aún tardarán en volver.

—No, Eva —se cruzó de brazos y sus ojos color miel me fulminaron—. Con lo que está pasando, no vas a salir de casa.

—Solo es un loco que me asustó un par de veces, nada más —yo quería helado y las medidas sobreprotectoras de mis padres ante las notas que llegaron a casa y algún que otro susto en la

calle, me parecían exageradas. Es verdad que estaba más asustada de lo que quería demostrar, pero tampoco podía quedarme encerrada. Además, con Liam podía sentirme segura—. Voy contigo, nadie se atrevería a acercarse —era así, muchos ya conocían el puño de Liam y su reputación, como la de mi hermano, ninguno era un santo. Les temían y con razón.

Se quedó mirándome y supe que iba a ganar. Como siempre. A Liam le costaba decirme que no. Y en ese momento, más aún.

—Porfi... —puse cara de pena— Tampoco te estoy pidiendo tanto, ¿no?

—Está bien —dejó caer las manos en un gesto de rendición—. Ir y volver rápido. Y no te separes de mí. ¿Te ha quedado claro?

—¡Sí! —le di un abrazo y me separé rápidamente al volver a sentirlo cerca.

Aunque tenía que actuar con normalidad, era un poco extraño después de lo que habíamos hecho.

—No sé por qué demonios nunca puedo decirle que no —refunfuñaba mientras me seguía, lo que me hizo sonreír.

Fui hasta la entrada y cogí mi pequeño bolso. A esa edad, ya no podía salir sin él. Aunque no llevara dinero porque me solía gastar la paga pronto, había cosas más importantes. Como un brillo de labios, lo necesario para una emergencia de chicas que siempre llegaba en el momento menos oportuno, cosas así.

—Yo tengo dinero, yo invito —dijo antes de salir. Abrió la puerta y agarró mi mano—. No te separes de mí, Eva. ¿Entendido?

—No lo haré —le aseguré.

Y no lo hice. No, al menos, porque yo quisiera.

Pero esa noche no solo me separaron de Liam, sino que jodieron mi vida, para siempre.

Desde entonces, ni él ni yo volvimos a ser los mismos.

Capítulo 1

15 años después.

El sonido del teléfono me despertó de la pesadilla. Estaba sudando, como siempre me ocurría. Hacía unas semanas que habían vuelto y apenas me dejaban descansar.

Creía tenerlo superado, pero no era así. El pasado siempre estaba ahí para atormentarme.

Hiperventilando aún por el recuerdo de esas imágenes en mi mente, cogí la llamada sin mirar quién era.

—¿Qué? —pregunté de mala gana.

—¿Otra pesadilla? —la voz de mi compañero al otro lado del teléfono. Me conocía muy bien y sabía todo lo que ocurrió hacía años.

—¿Qué hora es? —no iba a hablar de eso, no cuando aún lo tenía en mi mente como si lo estuviera viviendo de nuevo.

—Aún es temprano, pero Anderson nos espera en la oficina.

Gruñí, mi superior era un completo dolor de cabeza.

—¿Qué tenemos? —pregunté, intentando dejar mis recuerdos a un lado y levantándome de la cama.

—Aún no lo sé. Voy de camino, ¿te recojo?

—Está bien, en cinco minutos estoy abajo.

Colgué la llamada y me di una ducha rápida. Cuando Anderson quería vernos, no había tiempo que perder. Me vestí, cogí mi placa y mi arma y salí de casa.

Noah ya estaba abajo, esperándome en la puerta.

—Joder, no dormiste, ¿no? —dijo nada más sentarme en el asiento del copiloto.

—No demasiado.

—No puedes seguir así, Liam. Habla con Smith —Paul Smith era el psicólogo de la unidad. Un loquero tocapelotas que quería que me tomara unas “vacaciones” forzosas. No iba a ceder, no aún. Tendría que obligarme a ello.

—Estoy bien.

—Ya... Claro —resopló.

Sabía que a Noah no podía engañarlo, pero no iba a hablar del asunto. Las pesadillas habían vuelto y volverían a desaparecer, como siempre. Y no por ello iba a dejar mi trabajo a un lado.

Noah y yo nos conocíamos desde hacía años, desde la academia. Nuestra relación siempre fue buena y la amistad se reforzó cuando nos designaron como compañeros. Desde ese momento, Smith se encargó de hacer terapia de pareja. Como él decía, éramos dos mitades de un agente, teníamos que conocer los más oscuros secretos del otro. Nos unió hasta ese punto.

Por eso, Noah era, a veces, la única persona con la que podía contar y con la que podía desahogarme.

Mis padres se acababan de jubilar no hacía mucho tiempo y, como bien lo merecían, viajaban sin preocuparse por nada. También podía alargarse el dicho a “ni por nadie”, pero no era así.

Siempre estaban pendientes a mis hermanas y a mí, ellas aún vivían en la casa familiar.

Por mí no tenían que preocuparse, me iba bien. Un trabajo que me gustaba, había luchado mucho para llegar a convertirme en un agente del FBI. Tenía mi casa, mi vida...

Y alguna que otra conquista esporádica que no me hacía comerme mucho la cabeza.

Lo mío era el sexo sin compromiso; al mínimo problema, cortaba rápidamente.

No quería que nada, ni nadie, me atase.

Entramos en el despacho de mi superior tras llamar a la puerta y escuchar su típico y malhumorado “Entrad”, sabía de más que éramos nosotros.

—Buenos días —Noah, como siempre, de buen humor. Tocándole las narices al jefe por ello.

Entré con las manos en los bolsillos, lo mío era no saludar. Me quedé parado delante de su escritorio, esperando a que nos hablara sobre el caso que nos iba a asignar.

—¿Sigues sin dormir, Davies? —me miró con sus pequeños ojos entrecerrados.

—Para nada —mentí.

—Duerme con un angelito —la diversión en la voz de Noah, le encantaba desquiciar a Anderson.

—No hablo contigo, Coleman —miró a mi compañero con los ojos aún más cerrados, si es que eso era posible. Con lo pequeño y enterrados que los tenía, apenas podría ver así.

Pero era su gesto de “yo mando aquí”.

—¿Para qué somos buenos? —pregunté, deseando que me explicara ya el caso en el que tendríamos que trabajar y salir a la calle, que era lo nuestro. Estar en la oficina era algo que a ningún agente le gustaba. Por eso estaba el jefe así, tan amargado.

—Tenéis un caso complicado —se acomodó más en su sillón de piel, el cual crujió por su peso—. Amenazas, protección... Ya podéis imaginar.

Lo imaginaba y muy bien. Me tensé con solo saber a qué nos enfrentábamos. Otro caso así solo reavivaría, más aún, mis pesadillas.

—¿Una víctima? —preguntó Noah, serio. Cuando se trataba de trabajo, el humor estaba fuera de lugar.

—Sí —podíamos imaginarnos todo con poca información—. Smith os lo explicará.

—¿Smith? —no pude evitar que sonara mi voz sonara sorprendida.

¿Qué tenía que ver el loquero con eso?

—Os espera en su despacho.

Y con esa simple frase que era una orden encubierta, nos echó de su oficina.

—¿Está más gordo o es cosa mía? —rio Noah al salir de la oficina del jefe.

—Más gordo y más amargado —resoplé, caminamos hasta el despacho de Smith y llamé a la puerta.

—Pasad —dijo tranquilamente.

Todo lo que mi jefe gruñía, Smith era todo paz y tranquilidad. No sabía cuál de los dos terminaba antes con mi poca paciencia.

—¿A qué viene todo esto? ¿Desde cuándo te encargas tú de explicarnos los casos? —pregunté a la defensiva, nada más entrar.

—Buenos días, Liam —sonrió, se quitó las gafas y se levantó. Smith era la antítesis de Anderson, en todos los aspectos. Un hombre delgado, con cara de buena persona. Ya se iba quedando sin pelo y las canas envejecían su tranquilo y noble rostro—. Noah... —lo saludó— Tomad asiento.

Señaló al sofá y los butacones donde teníamos extensas charlas con él... Más bien, cuando se trataba de mí, las tenía solo porque yo no hablaba mucho, pero él sabía y adivinaba demasiado...

—¿Tenemos terapia? —gruñí.

—Siéntate, Liam, lo vas a necesitar —dijo serio.

Miré a Noah, quien me devolvió la mirada interrogativa con un encogimiento de hombros. Lo seguí hasta el sofá y nos sentamos uno junto al otro.

Smith, con su típico cuaderno y un sobre naranja del FBI sobre sus piernas, tomó asiento en su sillón.

—Tenemos terapia —suspiró Noah.

—No es precisamente eso —negó Smith—. Contadme cómo estáis.

—Joder —bufé—. ¿A qué viene todo esto, Smith?

Yo no tenía paciencia para aguantar eso, no con una pesadilla reciente aún en mi mente.

—Han vuelto las pesadillas, ¿verdad? —me miró fijamente y yo me removí, incómodo.

—No —mentí, aunque sabía que serviría de poco.

—Sí —dijo Noah.

—¿No puedes callarte?

—No mientas entonces, así no te ayudamos.

—No necesito ayuda. Y tú no eres psicólogo.

—Te agunto cada día, así que casi un experto —el capullo se divertía.

—¿Han vuelto, Liam? —insistió Smith, cortando la discusión de los dos.

Resoplé, sabía de más que sí.

—Sabíamos que ocurriría después del último caso —no quería darle más importancia, no iba a darle motivos para unas vacaciones obligadas.

—Hiciste lo correcto. Y salvaste a la mujer —me recordó.

—Pero estuve a punto de no hacerlo —la rabia en mi voz.

Tenía que remover el asunto quisiera yo o no. Era un fastidio.

—Lo que cuenta es lo que ocurrió, no puedes mortificarte por lo que podía haber ocurrido. Los hechos están ahí. La salvaste y Noah terminó con la amenaza. Es lo único en lo que tienes que pensar.

Sabía que tenía razón, pero las cosas no eran tan sencillas. No cuando me hacía revivir algo que ya había vivido antes. Salvé a esa mujer de su agresor, pero por los pelos. Un segundo más tarde y ese desgraciado la habría matado.

Y yo cargaría con otra culpa más.

—¿Cómo está en el trabajo? —esa pregunta iba para Noah, refiriéndose a mí.

—Bien, algo cansado, pero cunde como siempre —me apoyó mi compañero.

—Está bien... Estuve pensando seriamente en escribir un informe y darte un tiempo para que te recuperes, Liam.

—No hagas eso —dije enfadado.

—No lo haré —se acomodó más en su asiento—. No todavía. Puede que, quizás, después del siguiente caso, depende de cómo te afecte. Si es que lo aceptas, claro. Igual que tú —miró a Noah— tendrás que elegir si lo acompañas o no.

Apreté la mandíbula. La amenaza estaba clara. ¿Y por qué demonios no lo iba a aceptar?

—¿De qué se trata? —preguntó Noah— ¿Y por qué nos lo das tú? —en ese pregunta, ya mi compañero le dejaba claro que iría conmigo, fuera lo que fuese.

—Porque tengo que evaluar si Liam está preparado para algo así.

—¿Y lo estoy? —pregunté, molesto.

—Dímelo tú, Liam. ¿Estás preparado para proteger a una mujer a la que vuelven a acosar y amenazar años después? —me retó. Tiró el sobre sobre la pequeña mesa baja que había entre los tres— ¿Estás preparado para proteger a Eva Bennett?

—Joder.

El taco salió de la boca de mi compañero. Un pitido agudo era lo único que yo escuchaba en ese momento, sentía que la cabeza me iba a explotar y que mis pulmones no estaban funcionando.

No podía ni respirar.

Eva...

Eva era el objeto de mis pesadillas. Eva era por quien no podía dormir. Eva era quien me había convertido en el agente que era ahora.

Por Eva tenía mi trabajo. Por ella tenía esos horribles sueños que no me dejaban vivir.

Eva era todo para mí y, a la vez, no era nada.

Respiré como pude y le quité el sobre a mi amigo. Aunque conocía los detalles, no quería que los leyera en ese informe.

—No —dije mientras se lo arrancaba de las manos, de mala gana.

—Liam —la voz de Smith, seria, advirtiéndome.

—No quiero que... —comencé, pero respiré profundamente antes de meter la pata hasta el fondo— Es solo que... ¡Joder! —exclamé, no podía fingir, no delante de ellos.

—No tienes por qué hacerlo.

—¿Para qué me lo cuentas entonces, Paul? —miré de mala manera al psicólogo, usando su nombre de pila— Sabes que estoy metido en esto, soy un testigo. ¿Por qué me metes a mí?

—Yo no lo hice, pero sí di el visto bueno cuando te pidieron a ti.

—¿Por qué? ¿Y quién me solicitó?

—Porque creo que es la única manera de que te enfrentes, de una vez, al pasado. Lo necesitas, los tres lo sabemos.

—Yo no estoy seguro de... —comenzó Noah, pero cerró rápido la boca cuando Paul lo miró con las cejas enarcadas— Tú eres el experto, si crees que lo necesita...

Puse los ojos en blanco, qué rápido cambiaba de opinión.

—Si no creyera que lo necesita, no lo habría aprobado. Ahora es él quien tiene que tomar la decisión.

—Estoy involucrado, Paul —le recordé.

No sabía si podría hacerlo. Ni siquiera sabía si podría volver a tenerla frente a mí.

—Hace años de eso, Liam. Además, solo te quieren a ti.

—¿Quién? —pregunté de nuevo.

—Alan Bennett, el sheriff del condado.

Enarqué las cejas, eso sí que era una sorpresa. Jamás imaginé a Alan convertido en un agente de la ley. Claro que tampoco me imaginé a mí así hasta que ocurrió todo.

—Según lo que sé, Eva Bennett se fue del pueblo.

—Así fue, Noah. Volvió hace poco, supongo que harta de permanecer escondida.

—¿Qué hay sobre ese loco? —preguntó mi compañero.

—Lo mismo que sabíamos, se supone que está en una institución mental.

Apreté los dientes, nunca había entendido eso. Era un acosador, un agresor, un ser despreciable. Y nunca llegaron a meterlo entre rejas.

¿Una institución mental? Si eso hubiera ocurrido en ese momento, yo lo habría matado con mis propias manos y adiós al problema.

—¿Se supone? —Noah frunció el ceño, se echó para adelante y colocó sus brazos sobre sus rodillas, su postura tensa, a la expectativa.

Yo oía todo, pero no terminaba de calar en mi mente.

—Desde que Eva ha vuelto, las amenazas regresaron también. Su hermano la tiene bajo protección, pero no cuenta con demasiados medios. Ya sabéis...

Lo sabíamos bien, la policía de un pequeño pueblo hacía lo que podía con lo poco que tenía.

—Pensé que odiaba a Liam.

—No creo que eso haya cambiado —la sinceridad era una característica del loquero—. Pero con su hermana en peligro, no quiere a otro que no sea a él.

—¿Por qué? —pregunté en un susurro.

—Porque eres uno de los mejores —me miró seriamente—. Eva Bennett está en peligro. Entiendo que el caso puede perjudicarte. Pero no me habrías perdonado si te llegas a enterar de que se lo di a otro.

Ahí también tenía razón. No quería volver al pasado, no quería acercarme a ella. Pero no podía con la idea de que estuviera nuevamente en peligro y que fuera otro quien la ayudara.

Le fallé un vez, no podría hacerlo otra más.

—¿Ella sabe...? —ni siquiera pude terminar la pregunta, carraspeé y miré a Paul, esperando una respuesta, sabiendo de más que no necesitaba explicarme demasiado.

—No lo sé —dijo con sinceridad.

Asentí con la cabeza. No podía saberlo, no querría verme de ser así, de eso estaba seguro. Me seguiría culpando, como bien me había hecho saber su hermano años atrás, antes de que mi familia y yo desapareciéramos de ese maldito pueblo.

—¿Se lo puede pensar? —preguntó Noah, intentando darme tiempo para asimilar las cosas.

Y se lo agradecía, pero no era necesario.

Mis demonios estaban en un segundo plano. Eva era lo más importante ahora. Y no importaba cómo terminase afectándome aquello.

Tenía que ayudarla, esa vez no podía dejarla en manos de ese loco. Por más que deseara deshacerme de ese caso.

—No —negué yo rápidamente. Ya estaba bien, tenía que dar la cara. Había huido de ese lugar porque no podía con la culpa, porque fui el culpable de todo lo que ocurrió—. Lo haré.

—Entonces lo haremos —me apoyó Noah, dejándome saber que me apoyaría siempre. Era una gran persona, un gran amigo.

—No tuviste la culpa de todo esto, Liam —el jodido psicólogo sabía leer muy bien la mente.

No iba a discutir eso, no otra vez, bastante lo habíamos hecho. Esa culpa iría siempre conmigo, no importaba las razones que él me diera para que me deshiciera de ella.

Eva sufrió y yo fui el único culpable.

Eva perdió su vida porque no la protegí.

Eva dejó de existir, como tal, porque...

—Lo que le ocurrió a Eva Bennett fue culpa de ese malnacido —insistió Paul.

Asentí con la cabeza, no porque estuviera de acuerdo, sino para que me dejara en paz.

—El caso es nuestro. ¿Cuándo salimos? —apreté la mandíbula y mantuve la mirada fija en Smith.

Él me observó unos segundos, sin decir nada, solamente se quedó así, mirando mi cara, pendiente a cada uno de mis gestos. Me estaba evaluando, su respuesta diría qué decisión había tomado.

—Salís en dos horas. Coged lo básico y salid para el aeropuerto, en ese mismo sobre están los billetes. Estaré en contacto con vosotros casi cada día, yo me encargaré de darle el informe a Anderson. Una vez que hable con vosotros dos.

Me levanté y me fui a la puerta, Noah me seguía.

—¿Liam?

Me giré para mirar a Paul.

—Dime.

—Termina con esa lacra.

Sabía a qué se refería y no era precisamente a un objeto. Si ese cabrón estaba molestándola de nuevo, terminaría con él.

Se lo debía, le debía a Eva que pudiera recuperar su vida.

Asentí con la cabeza y me marché de allí. Volvía al pasado. Esperaba poder con ello.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Noah cuando abandonamos el despacho de Smith.

—No tienes por qué venir.

—Y una mierda que no.

—Puedo ir solo —insistí.

—Joder, Liam, que me respondas. ¿Estás seguro?

¿Qué esperaba que le dijera?

—Es la única oportunidad que tengo para redimirme.

—Espera —me cogió del brazo y me miró a los ojos con fiereza—. No fue tu culpa.

—Eso no importa ahora —bufé.

—Importa más de lo que crees —suspiró—. Métete, de una jodida vez, eso en la cabeza. No tuviste la maldita culpa de nada.

—Fuera o no mi culpa —apreté la mandíbula, enfadado—, esta vez la protegeré.

Era un juramento. Costara lo que costase, esa vez cuidaría de Eva.

Capítulo 2

Ni una semana llevaba en mi casa y ya volvíamos a lo mismo. Solo que, esa vez, yo no era una cría, ya no era una niña.

Tenía miedo, mucho. Más del que quería reconocer, ¿pero qué podía hacer? Hacía años que me había que tenido que ir de allí, vivir una vida que no era la mía, dejar a mi familia y verlos, solo, contadas veces al año.

El miedo siempre había marcado mis pasos y ya era momento de superar todo aquello. Mi padre estaba enfermo y me necesitaba cerca.

Durante todos esos años, mis padres habían trabajado muy duro para darme lo mejor, aun estando lejos de ellos. Los mejores psicólogos. Todo lo que necesitase para poder seguir adelante. Me instalé lejos, a varias horas, en un pequeño pueblo al norte de Minnesota, la hermana de mi madre se convirtió en mi familia.

La decisión de dejarme ir no fue fácil para ellos, pero entendieron que yo no era capaz de estar allí. El pánico me atenazaba y, aunque se suponía que ese hombre estaba bien custodiado, yo no confiaba en el sistema.

Yo cerraba los ojos y volvía a revivir lo que ocurrió una y otra vez.

Ese pueblo era la mecha que prendía los recuerdos y el dolor.

Tenía pensado volver, era una idea que no dejaba mi mente desde que me quedé sola y, con mi padre enfermo, yo no podía permanecer más tiempo lejos.

Mi psicólogo, al que aún seguía viendo esporádicamente cuando las pesadillas volvían, me dijo que estaba preparada para hacer frente a ese lugar.

Pero lo que él no había podido imaginar es que, al volver, la historia se repetiría.

Y ahí estaba, quince años más tarde, en la fue mi casa hasta esa fatídica noche, con los nervios a flor de piel porque el pasado había vuelto.

Un par de notas, como antaño, no muy explícitas. Pero seguían dando terror.

—¿Tampoco dormiste hoy?

Negué con la cabeza y le serví una taza de café a Alan cuando se sentó frente a mí. Mi hermano había sufrido también mucho y fue un gran apoyo para mí todos esos años. Siempre al teléfono, siempre pendiente a mí.

Siempre jurándome que nadie más volvería a hacerme daño.

Como si él pudiese evitarlo, por mucha placa del sheriff que llevase en su uniforme. Nadie pudo evitarlo esa noche, años atrás.

—Tengo que volver a acostumbrarme a este lugar —sonreí.

Ya no éramos esos niños que nos tomábamos el pelo mientras desayunábamos. Había perdido todo eso, había perdido tantas cosas...

—Deberías irte, Eva.

—No empecemos de nuevo con eso —le advertí.

Me levanté y rebusqué en la despensa. Necesitaba azúcar, me sentía algo mareada. Mordiendo el croissant, me senté de nuevo.

Pensé que a mi hermano se le había olvidado el tema, pero no. Él seguiría hasta que le diera la razón. Y no pensaba hacerlo. No iba a moverme de allí.

—No estás segura aquí.

—No estoy segura en ningún lado —le recordé.

—No es lo mismo, Eva.

Seguramente no, no para mí. ¿Pero qué más podía hacer? Con mi padre así, yo me iba a quedar allí, aunque tuviera que permanecer en esa casa custodiada veinticuatro horas.

Alan había vuelto a la casa desde que lo hice yo. Hacía tiempo que vivía solo, pero quería permanecer cerca. Desde que comenzaron, de nuevo, las amenazas, tenía protección policial veinticuatro horas al día, un coche con dos agentes delante de la casa.

Sabía que todo eso podía ser un problema para él, no contaban con medios suficientes. Y, en cualquier momento, alguien del pueblo se quejaría. Como lo harían los pobres agentes que apenas descansaban. No es que hubiera personal de sobra.

—¿Sabes ya si...? —carraspeé y miré para otro lado, ni siquiera sabía cómo preguntarlo. Me daba pavor nombrar a ese monstruo.

—No sé nada, no he logrado averiguarlo aún. De todas maneras, pronto tendremos respuestas. Y espero que la ayuda que pedí no tarde en llegar.

—¿La ayuda que pediste?

—Ya te lo contaré cuando sea seguro que vienen. Hoy tengo un día pesado de papeleo, Carl y Peter se quedarán haciendo guardia.

—No pueden estar siempre ahí, Alan.

—Lo harán hasta que llegue el relevo —con su tono de voz dejaba claro que no iba a discutir, era una orden y punto. Enarqué las cejas, siempre había sido mandón, pero desde que se hizo agente de la ley... ¿Y de qué relevo hablaba? No quería que se metiera en problemas por mí. Bastante había pasado también—. ¿Estarás bien?

—Sí, me quedaré en casa hasta nueva orden.

—Bien —se levantó y me removió el pelo, como hacía siempre para enfadarme—. Ni salir al porche sola, ¿me entiendes?

—Aja.

—Eva... —me advirtió.

Resoplé, seguía siendo un grano en el culo.

—Que sí, Alan. No saldré de la casa por ningún motivo.

Me observó unos segundos antes de asentir, satisfecho.

Orgullosa porque le hiciera caso, salió de la cocina. Aún con todo, sonreí. Le quedaba bien el uniforme, Alan era un hombre guapísimo. Siempre lo fue, aunque siendo niños no se lo iba a reconocer.

Esos ojos negros, ese pelo ondulado del mismo color y ese cuerpo de atleta... Las mujeres seguían suspirando por él más aún que cuando era un crío.

A ver si una de ellas lograba ser más que una simple aventura pasajera para él. Porque merecía ser feliz, era un gran hombre.

Mi hermano quedó destrozado esa fatídica noche, se sentía culpable, en parte, por haber hecho que mis padres me dejaran sola. No fue culpa de nadie lo que pasó, pero para él no fue fácil verme en ese estado.

Después de lo que vivimos, no me extrañó que terminara siendo el sheriff del pueblo. Era su manera de lidiar con sus fantasmas.

Odiaba que los tuviera, porque él no había tenido la culpa de nada. Pero seguía sin entenderlo.

Como seguía culpando a Liam.

Liam...

Negué con la cabeza, en él sí que no quería pensar. No quería terminar, de nuevo, entre lágrimas.

—Buenos días, cariño —mi madre entró en la cocina, se acercó a mí y me abrazó, ya llorando

—. No sabes cómo me gusta tenerte aquí.

Lo sabía porque yo me sentía igual. Me mordí el labio para no llorar y la miré cuando, después de darme un beso en la cabeza, fue a prepararse un café.

—¿Cómo está papá?

—Pasó buena noche, la medicación le ayuda. No te preocupes, saldrá de esta. No fue tan grave.

Eso decía el médico pero, para mí, un infarto no era para tomárselo a broma. Había estado muchos años sin él y no quería perderlo ahora.

—No puedo evitar preocuparme —suspiré—. Todo ha sido demasiado y...

—No voy a dejar que te culpes —me advirtió, se sentó frente a mí y me miró con una sonrisa en los labios—. Las cosas pasaron, no es culpa de nadie. Se recuperará, solo necesita descansar y le hace bien tenerte aquí, aunque sea por poco tiempo.

—No quiero volver a irme —fruncí el ceño.

—Tendrás que hacerlo, cariño. Este no es lugar para ti.

—¿Por qué no? —ya me buscaría la vida.

—Porque tienes sueños, tienes una vida que vivir y un pueblo como este no puede darte todo lo que necesitas.

—Ahora eso da igual, lo que cuenta es que él se recupere —más valía dejar las cosas así que provocar una discusión.

Sueños...

Sí, había tardado en tenerlos, pero con el tiempo lo había logrado. Ir a clases, incluso salir sola a la esquina del pueblo donde viví los últimos años, me había costado mucho. Lo había conseguido, me había sentido segura allí.

Gracias a mi tía y a mis padres, había estudiado. La escritura se convirtió en mi gran pasión. Trabajé, hasta el momento porque había pedido una excedencia para volver a casa, en un pequeño periódico local, pero tenía varias ofertas encima de la mesa.

Estaban ahí, apartadas, hasta que decidiera qué sería de mi vida.

Con mi tía fallecida... Yo ya no tenía a nadie allí. Por eso pensé en volver y lo que le ocurrió a mi padre me hizo entender que no podía esperar más.

—Él será feliz viéndote a ti feliz y libre.

Yo también quería eso, esperaba que todo fuera una macabra broma.

Lo que ocurrió aquella noche me dejó más secuelas de las que nadie podía imaginar. Sobre todo emocionales.

Y no importa cuán fuerte sea alguien, una vivencia así puede enterrar en un negro pozo a cualquiera. Porque el miedo es el sentimiento más poderoso que existe. A veces es casi imposible luchar contra él.

—¿Qué planes tienes hoy? —miré a mi madre, vi la diversión en sus ojos, intentaba animarme.

Solté una carcajada y me inventé numerosas salidas. Aunque ambas sabíamos, de más, que de esa casa no saldría sola hasta que Alan averiguara dónde estaba ese desgraciado y quién mandaba, de nuevo, esas amenazas.

Capítulo 3

Nada más bajarme del coche alquilado, ya me faltaba el aire. Volvía a ese pueblo que nunca más imaginé pisar.

Era última hora de la tarde y Noah y yo ya estábamos frente a la comisaría del sheriff.

—No ha cambiado mucho —dije cuando me relajé un poco, con Noah ya a mi lado. Todo parecía estar casi igual que quince años atrás.

—Es lo que tienen estos pueblos. Cuando vuelvo a casa —dijo con acento tejano— siempre tengo la sensación de que nunca me fui. Es algo extraño.

—Sí que lo es... No tenías por qué... Podías haberte negado.

—Soy tu compañero, Liam. No te dejaría solo, contarán conmigo o no —me guiñó un ojo.

—Gracias.

—¿Preparado? —palmeó mi espalda y yo hice un gesto afirmativo con la cabeza.

—Listo para que me rompa la cara de una vez.

Noah rio entre dientes, él seguía creyendo que bromeaba, yo tenía muy claro que lo primero que iba a ver sería el puño de Alan volando hacia mí.

Entramos en la comisaría y la puerta se cerró a nuestra espalda. Estaba algo más moderna, al menos ese lugar sí había evolucionado.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó una chica sentada en un escritorio, como una especie de secretaria. Nunca entendí por qué no atendía un o una agente cualificado. Pero así eran las cosas por allí.

Noah no tardó mucho en mostrar su placa y a la joven mujer ya le hacía falta un babero. Era el efecto Noah, mujer que tenía cerca, mujer que babeaba por él. Ya estaba acostumbrado a ello.

—Agente Davies —me señaló— y Agente Coleman. Venimos a ver al sheriff Bennett.

—Un momento, por favor, enseguida le aviso —sonrió, sin dejar de mirar a Noah.

Cualquier posibilidad que hubiera tenido con mi compañero (que no era ninguna porque, definitivamente, una mujer así, que parecía de silicona, no era del gusto del ligón exigente) desapareció en el momento en que esa mujer, con el pelo teñido de rojo, pestañas y uñas postizas y más bótox en los labios del que podía creer posible inyectar, cogió aire y...

—¡Sheriff! ¡Aquí lo buscan!

Joder, ¿cómo podía tener la voz tan aguda?

—Enseguida viene —ella misma sacó esa conclusión porque el sheriff no se pronunció en ningún momento.

Sonrisa exagerada de nuevo mientras miraba al adonis, quien le devolvía la mirada con las cejas enarcadas y por la expresión que tenía en su cara, sabía, de más, que estaba evitando soltar una carcajada.

Si yo no estuviera tan agobiado por encontrarme allí, la habría soltado sin poder contenerme.

Un hombre alto, con cuerpo de atleta y moreno salió del despacho. No tardé demasiado en reconocer a quien había sido mi amigo.

—Sheriff Bennett —lo saludó Noah—. Somos la ayuda que solicitó.

Él le devolvió el saludo con un gesto de la cabeza y volvió a mirarme mientras se acercaba a mí. Suspiré, era el momento de la verdad.

Abrí los brazos, en señal de rendición. No iba a negarle lo que tanto ansiaba hacer. Y no tardó demasiado, su puño voló, rápidamente, hasta mi mandíbula.

Me pegó con fuerza y caí al suelo. La chica gritó, de nuevo, esa vez sonó aún más agudo, si es

que era posible. Noah ni se inmutó, solo elevó las cejas.

Me levanté gimiendo, me había dado un buen rechazazo.

—Veo que no has perdido facultades —me limpié la sangre del labio en la manga de la camisa—. Sigues pegando bien.

—No tan fuerte como me hubiese gustado darte —dijo mientras se masajeaba el puño.

—Creo que me voy a divertir aquí —rio Noah finalmente—. Soy Noah —le estrechó la mano a Alan—. Sé quién eres tú —sonrió.

—Y ambos sabemos quién es este gilipollas —bufó, refiriéndose a mí—. Dejando a un lado eso, me alegra que estéis aquí.

—Lo dudo —refunfuñé.

—Eva está en peligro, Liam. Créeme, toda ayuda es poca. Me aliaría con el mismísimo diablo si hiciera falta, ya ha sufrido demasiado, ¿no crees?

Sí, eso era cierto. Y lo entendía. Además, me estaba dando una tregua. Todos estábamos ahí con el mismo objetivo: salvar a Eva. Eso era más que suficiente para firmar la paz.

—Necesitamos saber cómo están las cosas —intervino Noah.

—Venid conmigo. No me pases llamadas, Jenny. Y cuando digo llamadas, me refiero, también, a tus gritos.

—Como usted mande, sheriff. Ay, Dios, está sangrando, ¿quiere que le cure?

—¿Qué? —ni cuenta me di de que se refería a mí y ella ya estaba sacando un botiquín de primeros auxilios— No, no, tranquila, estoy bien —negué rápidamente.

—Vale... Este hombre... —señaló a Alan— Tiene malas pulgas, pero es buena gente —cuchicheó, o lo intentó, porque ese era el volumen de voz normal para cualquier persona.

—Te estoy escuchando, Jenny —dijo Alan desde dentro del despacho.

Ella puso los ojos en blanco.

—Perro ladrador... Usted ya sabe —suspiró.

Entré en la oficina y cerré, mejor dejar a la loca de Jenny allí sola. Dios, ¿cómo aguantaba Alan eso sin perder los nervios?

—La aguanto porque no me queda más remedio —resopló, leyéndome la mente—. No sabía que llegabais hoy.

—Vinimos nada más que nos asignaron el caso —señaló Noah.

—Dime, Alan. ¿Qué es lo que está pasando? —me quedé de pie, esperando a que me contara todo de una buena vez.

—Eva volvió hace unos días. No había vuelto desde... Ya sabes —carraspeó, la mirada obnubilada por el odio, recordando el pasado—. Mi padre enfermó, un infarto. Vino, aunque intentamos evitarlo. Ahora dice que no quiere marcharse, que ya está cansada de esconderse.

—¿Por qué se escondió? —preguntó Noah.

—Porque no soportaba estar aquí. Yo siempre me he mantenido, o he intentado estar, pendiente a ese desgraciado. Hasta lo que sé, sigue en esa institución psiquiátrica internado. Pero desde que Eva ha vuelto, ya han llegado varias notas a casa, llegan a diario —abrió el cajón del escritorio y las sacó, estaban dentro de un sobre de plástico que se usaba para las evidencias, para que no se pudieran contaminar—. No hay huellas, fue lo primero que busqué.

Tomé asiento y leí las notas, al igual que Noah.

—Parece que es él —dije, no me cabía duda.

—Yo pienso lo mismo —suspiró pesadamente—. Esta es la que me encontré esta mañana cuando venía a trabajar —nos la entregó también—. Y no sé si es cosa mía, pero tengo la sensación de que cada vez... No sé cómo explicarlo.

—Está más seguro y agresivo —dijo Noah cuando terminó de leerlas.

—Exactamente.

—Eso no es bueno —apreté los dientes.

—He intentado averiguar algo, pero ha sido inútil. No he podido, aún, saber dónde está ese malnacido. Ya visité a sus padres, la única familia que tiene por aquí, pero no saqué nada en claro, ellos siguen manteniendo que su hijo está injustamente recluido. He tenido a varias personas vigilando esa casa, por si acaso, pero tampoco vieron entrar o salir a nadie que no fueran esos dos ancianos. Por eso pedí ayuda. Al FBI no le será difícil encontrarlo. A vosotros no se os niega ninguna información.

—Tu hermana no debería de estar aquí.

—Lo sé —estaba de acuerdo con la afirmación de Noah—. Pero mi tía falleció hace unos meses y ella... Ya tenía intención de volver, su psicólogo le dio carta blanca, diciéndole que estaba lista para enfrentarse a su pasado.

—Los psicólogos son gilipollas —resoplé.

—También lo sé —por primera vez, parecía haberme sonreído—. Yo no puedo obligar a Eva a marcharse. Lo he intentado, creedme, pero tampoco es justo para ella. Además, si ese tío permanece donde debe estar...

—Debía estar entre rejas, no ahí —lo corté.

—Si permanece allí, no debería existir peligro para Eva. Más que el luchar contra sus recuerdos. Y si ella lo decide, siempre es libre de volver. Y nadie puede decirle lo contrario.

—Pero todo apunta a que el sujeto está en la calle y en el pueblo, además —suspiró Noah.

—Para mí no hay duda de eso —Alan se pasó las manos por el pelo, agobiado.

—El FBI cogería a tu hermana y la llevaría, rápidamente, lejos. Con lo que ocurrió, siendo la principal víctima y testigo, estaría en un programa de protección de testigos.

—Sí, Noah, lo sé. Pero esto... Esto es un favor personal. Mi hermana ya se marchó de aquí una vez porque no podía caminar por estas calles. Ahora que ha vuelto, no cederá. Es algo...

—Cabezota —terminé por él. Conocía muy bien a Eva.

Alan me miró y afirmó con la cabeza.

—A mí, sinceramente, me importa una mierda la burocracia y todo lo demás, nosotros trabajamos a nuestra manera—dijo Noah—. Si estamos aquí, es porque nos quieren aquí. O lo quieres a él aquí —me señaló—. Y si él viene, yo también. Has movido los hilos correctos.

—Lo intenté, sí —me miró de soslayo.

Imaginaba que había movido muchos si era a mí a quien quería allí, él no sabía dónde me encontraba yo.

—¿Qué es lo que esperas de nosotros? —preguntó mi compañero.

—Primero protección. Aquí somos pocos agentes y los tengo esclavizados en la puerta de mi casa. No puedo alargar esto mucho más.

—¿Y segundo? —insistió Noah.

Alan se mantuvo en silencio, mirándonos fijamente a los dos.

—Quiere lo mismo que nosotros, Noah. Quiere acabar con ese desgraciado —dije con rabia.

—Bien... ¿Tu hermana cooperará? —quiso saber mi compañero.

Alan carraspeó y me miró. Yo desvié la mirada al techo, de repente se me había antojado interesante.

—Eva... —intentó Alan.

Sí, definitivamente, el techo era bastante interesante.

—Eva no será de gran ayuda —resopló Noah, adivinándolo.

—Te conté sobre ella —le advertí.

—Ya... Pero creía que podría ceder corriendo su vida peligro.

—Oh, lo hará —confirmó Alan—. El problema será con él —me señaló.

—Eso lo suponía, por eso había pensado...

—Ni lo pienses —lo interrumpí.

Conocía a Noah muy bien y sabía, de más, cual era ese pensamiento que había cruzado por su mente.

—Es lo lógico.

—No, no lo es.

—Tú investigas, yo la protejo.

—No, Noah. Las cosas no serán así —le advertí.

—Ya veremos... —sonrió— Porque decidirá ella, no tú.

Maldije, como sacara su encanto, estaba jodido. Y él sabía que aunque peor para mí, yo era quien tenía que protegerla. Yo era quien tenía que permanecer cerca de ella.

—¿Dónde está? —pregunté.

—En casa de mis padres. Yo me he estado quedando allí estos días para no dejarlos solos.

—Ya no es cosa tuya.

—Siempre será cosa mía, Liam —dijo de mala gana.

—No lo malinterpretes —suspiró Noah—. No tengo ganas de que os lieis a hostias. ¿Es segura esa casa?

—Lo sea o no, Eva no saldrá de ella. Quiere estar cerca de mis padres.

—¿Tú vives lejos? —le pregunté.

—No, en la misma calle, un poco más arriba.

—Entonces serás tú quien se mude. Liam, Eva y yo estaremos en tu casa.

—Como queráis —aceptó— y si la convencéis.

—Lo haremos —aseguró Noah.

—Una vez instalados, ya organizaremos todo y descubriremos dónde está ese indeseable —juré.

—Lo encontraremos, ¿verdad? —por primera vez, la fachada de Alan cayó y me miró como siempre lo había hecho, con confianza, sin odio ni rencor.

—Esta vez no dejaré que le pase nada —juré y me levanté.

—Eso espero— suspiró.

—Bueno... ¿Y cuándo conoceremos a esa mujer de la que tanto oí hablar? —sonrió Noah.

Yo quise estamparle el puño porque me lo veía venir. Alan parecía que quería estampárselo también adivinando sus intenciones.

—¿Es de fiar? —me preguntó el que era mi mejor amigo.

—Por desgracia, sí —suspiré, haciendo que Noah soltara una carcajada.

—Dejadme antes que la ponga sobre aviso —pidió Alan.

—¿Sin casco? —sonreí.

—Eva ya no es de esas... Creo —bufó, haciéndome reír.

—Estoy deseando conocerla —sonrió Noah.

—Yo no estoy muy entusiasmado con la idea —lo fulminé con la mirada mientras salíamos de la comisaría, ignorando la diatriba de Jenny.

—Yo tampoco lo estoy mucho, la verdad —suspiró Alan, apoyándome.

—Le voy a encantar —afirmó mi compañero.

Puse los ojos en blanco, de eso no tenía ninguna duda. Mejor que a mí, seguro que lo iba a

tratar.

Nos montamos en el coche y seguimos a Alan hasta casa de sus padres. Cuanto más me acercaba, más se me aceleraba el corazón.

Temía verla y, para mi sorpresa, también necesitaba hacerlo.

Eva dejaría de estar en mi pasado. Pronto se convertiría en mi presente.

Capítulo 4

—Hola, Eva.

—Hola, Alan —sonreí al verlo entrar en el salón—. ¿Alguna novedad? Porque me asfixio un poco aquí —suspiré.

No quería presionarlo, pero me sentía prisionera y odiaba eso.

—¿Papá y mamá? —preguntó en vez de responderme.

—Mamá estaba agotada, así que cenó algo rápido y se fue a la cama. Se tomó un relajante, a ver si consigue descansar.

—Lo necesita.

—Y papá, con la medicación, ya sabes, casi todo el día dormido.

—Mejor entonces, porque tenemos que hablar.

Enarqué las cejas, no me gustaba nada eso.

—Si vas a volver con lo mismo de que tengo que marcharme, etcétera... La respuesta es no. Y no me vengas con que pongo a nadie en peligro con mi decisión, Alan —dije enfadada.

—¿Alguna vez te he dicho eso? —preguntó con los ojos abiertos de par en par.

—Bueno, no —me removí, incómoda. Era, más bien, un pensamiento y un miedo mío que temía que sintieran o que pensarán ellos y que no fueran capaces de decirme—. ¿Crees que es así, que os pongo en peligro y que soy egoísta por querer volver a casa?

Alan resopló y fue para la cocina. Lo seguí, llevaba casi todo el día hablando sola, excepto cuando mi madre salía del dormitorio un rato, porque no había quien la moviera del lado de mi padre. Así que ahora que estaba mi hermano en casa, no me iba a ignorar.

Menos aún con una pregunta así.

—Necesito una cerveza —abrió el frigorífico y sacó dos latas, las dejó sobre la mesa y me hizo señas para que me sentara.

—Yo no bebo.

—Hoy lo harás, lo necesitas, créeme —resopló.

—Entonces es eso, ¿no? Vienes a pedirme que me vaya —me senté, quizás los estaba poniendo en peligro y era una egoísta, siempre lo había sido.

Él se pasó las manos por el pelo, como desesperado.

—A ver, Eva —abrió la cerveza y le dio un trago—. Nunca, jamás, te pediría que te marcharas ni por mí ni por papá ni por mamá. Todos queremos tenerte aquí, siempre lo hemos querido y lo sabes. Si estos días te he insistido, es porque ¡no me gusta que estés en peligro! Así que deja de pensar de más —me advirtió.

—No es fácil no pensar cuando no tengo otra cosa que hacer en el día —resoplé.

—Ponte a escribir —sabía que se refería a hacerlo por gusto y no por trabajo.

—No tengo cabeza ni para ello. Odio que tengáis que soportar todo esto —me mortificaba por todo lo que tenían que pasar.

Mi hermano resopló de nuevo.

—Lo cogeré y te juro que le abriré la puta cabeza a ese desgraciado —escupió.

Me dio miedo oír eso de él, porque sabía que lo haría si lo tenía delante.

Con lo nerviosa que estaba, terminé bebiendo cerveza yo también.

—¿Entonces de qué quieres hablarme? —pregunté con delicadeza, a ver si se le pasaba la mala hostia.

—Llegaron los refuerzos.

—Los refuerzos...

—Pedí ayuda, yo solo no puedo garantizar tu seguridad.

—¿Has contratado guardaespaldas? —no me lo podía creer, él no podía pagar eso y mis padres bastante se habían hipotecado por mí ya.

—No exactamente —me aclaró, lo que venía siendo que no me dejaba clara una mierda.

—¿Entonces...? —lo azucé un poco.

—Verás... Debes mantener la mente abierta en esto, ¿vale?

—Vale —la suspicacia en mi voz.

—Esto será, desde ahora, un caso para el FBI.

—No me jodas, Alan. ¿Qué pintan los federales en todo esto?

—Menos mal que dije que “mente abierta” —puso los ojos en blanco.

—La otra vez, te recuerdo, que esos malditos federales querían meterme en un jodido programa de protección de testigos —estaba perdiendo las formas rápidamente, porque si esa era la idea del FBI, se podían ir por donde vinieron.

—No lo harán. Estarán para protegerte y encontrarán a ese malnacido. Mientras eso ocurre, tendrás a un agente pegado a tu trasero día y noche. Y a otro gran parte del día, el tiempo que no esté haciendo averiguaciones.

—¿Crees que esa es la solución? ¿No podemos...?

—No hay otra si quieres seguir aquí. Hay que encontrar de dónde viene esa amenaza y terminar con ella de una vez por todas. O nunca serás libre.

—Entiendo... —pena y rabia, eso sentía— Si no hay más remedio... —¿qué más podía hacer?

—No, no lo hay. Así que te agradecería que les hicieras caso, Eva. Te gusten más o menos.

—Está bien.

—Eso dices ahora —suspiró—. Quiero una promesa, Eva.

—¿Qué es lo que no me estás contando para que estés tan nervioso?

—Tu promesa de que dejarás todo en sus manos para terminar con esto de una vez por todas.

Ahora.

Lo miré atentamente. No entendía por qué estaba así, aunque no me gustara lo del FBI, seguiría los consejos de mi hermano.

—De acuerdo. Lo prometo.

—¿Sea quien sea?

—¿A quién demonios me has traído? —es que me hacía desconfiar.

—¿Sea quien sea, Eva? —insistió.

Estaba claro que no me iba a gustar nada fuera quien fuera. Y si quería permanecer cerca de mi familia, no tenía más que ceder.

—Sea quien sea —Alan enarcó sus cejas—. Lo juro.

—Bien... Solo espero que no me odies por esto —dijo mientras se levantaba y abría la puerta de la cocina que daba al jardín trasero de la casa.

—¿Por qué demonios te iba a odiar?

Me callé cuando un agente moreno, con el pelo un poco largo y unos impresionantes ojos azules, entró en la cocina.

Vaya... Pensé.

Sacudí mis pensamientos, yo miraba a los hombres desde lejos, nada más. Pero no podía negar que era guapísimo. Y tenía algo especial, parecía simpático. Pícaro.

Y tras él, uno aún más imponente. Más serio, más...

Mierda, no. Él no.

—Liam —no podía ser, no podía ser él. Pero esos ojos color miel eran inconfundibles.

—Eva —se quedó parado en la puerta, al lado de mi hermano. Llevaba las manos en los bolsillos y aunque no lo hubiera visto en quince años, yo lo reconocería siempre.

Tenía ganas de llorar. Maldito fuera.

Miré a Alan y levanté una mano cuando fue a hablar.

—No me esperaba esto de ti —dije con rabia.

—Es el mejor, Eva —dijo con culpabilidad.

Así que el mejor. Liam se había convertido en el mejor agente del FBI. Bueno, no me extrañaba, la verdad. Si mi hermano terminó como sheriff, sabía que Liam podía llegar mucho más lejos.

Liam...

Había soñado tantas veces con él, imaginando cómo sería. Recordando tantos momentos que vivimos. Recordando esa noche que estuvimos juntos.

Y en cada sueño se esfumaba, lo mismo que había hecho en el pasado.

—Hola, Eva —miré al chico guapo cuando habló—. Soy Noah —me extendió la mano y yo lo ignoré. No era por él, yo tenía problemas para tocar a desconocidos.

—No es personal —me disculpé cuando bajó la mano—. Solo que yo...

—Tranquila —sonrió ampliamente, una sonrisa sincera que me relajó—, lo entiendo. Tenía ganas de conocerte, he escuchado hablar mucho sobre ti.

—Ah, ¿sí? —miré de reojo a Liam— Eso sí que no lo esperaba.

—¿Una cerveza para relajar la tensión? —preguntó Alan, quien ya las estaba sacando del frigorífico.

—Que os aproveche —fui a girarme, no pensaba quedarme ahí, pero Liam habló.

—Espera, Eva —cogí aire—. Eres parte de esto, tienes que estar aquí.

—Sí... Lo contrario a ti, ¿no crees? —dije con rabia y vi el dolor en sus ojos.

No me importaba, más había sufrido yo. Y él no había estado ahí.

—Siéntate, Eva. Tienes una promesa que cumplir —me ordenó mi hermano.

Maldito fuera por hacerme prometer nada. Tomé asiento, Noah lo hizo al lado de mi hermano y Liam se quedó de pie, tras la silla que presidía la mesa, apoyado en la encimera y con la lata de cerveza en la mano.

—Ya Eva sabe que está bajo vuestra protección.

—Alan... —le advertí.

No iba a estar cerca de Liam todo el día, ¿quería acabar conmigo? ¿Era una sutil manera de echarme de allí?

—Eva lo sabe y no pondrá vuestras órdenes en duda —insistió él, advirtiéndome con la mirada. Iba a mandarlo bien lejos por haber jugado conmigo de esa manera. Él sabía lo que yo había sufrido por la actitud de Liam, ¿cómo podía hacerme algo así?—. Desde esta noche, os quedaréis en mi casa.

—Pero...

—Es más segura, Eva. Nosotros lo propusimos —intervino Noah.

—Estoy aquí para estar con mi padre.

—Y estarás aquí todo el tiempo que necesites. Pero teniendo a dos agentes contigo como si fueran tu sombra, sería más incómodo para ellos tenernos aquí —me explicó Noah.

—No podéis manejar mi vida a vuestro antojo —me quejé.

—Mientras estés en peligro, sí —la voz autoritaria de mi hermano.

Miré a Liam. ¿Para qué? ¿Qué esperaba? ¿Que me apoyara?

Él se mantenía en silencio, solo mirándome.

—Ni siquiera sabemos si estoy en peligro o solo es una broma macabra.

—Eso pensaste hace años —me recordó mi hermano.

—Estaremos pegados a ti las veinticuatro horas. Hasta que averigüemos si estás en peligro, tenemos que saber qué es lo que está pasando y dónde está ese hombre —me explicó el agente.

—Lo entiendo —y lo hacía, otra cosa es que me gustara más o menos.

—Liam se convertirá en tu sombra —continuó— y yo me encargaré de hacer todas las averiguaciones que no pueda desde dentro.

—¿Por qué él? —yo no podía verlo demasiado, me haría daño.

—Si te sientes más cómoda conmigo... —dejó caer. Lo miré, tal vez sí, no me hacía sentir mal. Desvié la mirada hacia Liam y vi cómo apretaba la mandíbula, no le había gustado nada la sugerencia. No había cambiado tanto, sus gestos los conocía bien— Siempre será tu decisión.

—Joder —me levanté y caminé por la cocina, me pasé las manos por el pelo—. ¿Y si me voy?

—¿Y seguir escondiéndote, Eva? —lo miré, se había separado de la encimera y me miraba, con las piernas abiertas, enfadado.

Para romper su silencio con esa pregunta, más le valía haberse quedado callado.

—Sí, Liam. Para seguir escondiéndome. Como has hecho tú todos estos años —me acerqué a él con rabia.

Joder, me había hecho daño. ¿No se daba cuenta de ello?

—Eva —me advirtió mi hermano, pero yo no quería callarme, llevaba años guardándome las cosas dentro.

—No dejaré que te escondas más —la voz de Liam sonó a orden, lo que me quedaba por escuchar.

Que él no dejaría que yo...

Cogí aire, fui a levantar la mano, sin ninguna intención, pero al parecer no pensaron lo mismo.

Noah fue a pararme, cogiendo mi mano. No hizo falta, la bajé rápidamente, antes de que me tocara y me resguardé cerca de Liam. No quería el contacto de nadie, no cuando no podía controlar mis emociones, todo se me desbordaba.

Ví a Noah con las cejas levantadas.

—Creo que sí, será Liam quien se convertirá en su sombra —sonrió.

Maldije y me separé de él. El subconsciente me había traicionado y, sin darme cuenta, había buscado su protección. Al fin y al cabo, a él lo conocía, ¿no? O eso pensé hasta que me dejó sola, pasando por todo aquello.

Me separé de él, lo que menos necesitaba era ver su cara, seguramente arrogante.

—Parece que las cosas no cambiaron demasiado por aquí —dijo mi hermano sin que yo entendiera a qué se refería—. ¿Podemos centrarnos y trazar el plan que realmente necesitamos?

—Ella no tiene por qué conocer todos los detalles.

—Lo haré, Liam. Es mi vida de la que hablamos y no dejaré que nadie más la controle. Demasiado estoy aceptando ya.

Y con esa sentencia, tomé asiento de nuevo, Liam, por fin, también lo hizo y me centré en entender cómo iban a trabajar.

Intentando no mirar a Liam, algo que me resultaba muy difícil.

Capítulo 5

No sabía ni qué pensar en ese momento.

Estaba allí, sentado en la mesa mientras le explicaban a Eva cómo íbamos a hacer las cosas, al menos lo que podía saber (que no iba a ser todo por más que quisiera) y, sin embargo, mi mente estaba en otro lugar.

Intentando entender todas las emociones que había sentido desde que había entrado en esa casa.

Su recuerdo siempre me había atormentado. Y la curiosidad de saber de ella, de verla aunque fuera de lejos para ponerle rostro, me había perseguido a través de los años.

Me la había imaginado de decenas de maneras, pero no estaba preparado para lo que vi en realidad.

Eva era más que perfecta. Al menos yo la veía así.

Ya no era una niña, era toda una mujer. Su pelo largo recogido en una cola de caballo, dejando libre sus facciones. La misma mirada de siempre, unos labios más que perfectos y esa pequeña y respingona nariz que siempre me había encantado. Aunque nunca se lo había dicho.

Y su cuerpo... No muy alta, ella siempre fue más bien bajita, en eso no se parecía a su hermano. Y con un cuerpo voluptuoso que me hacía imaginar lo que no debía.

Había pasado del asombro al verla al dolor por su reacción para conmigo. La entendía, incluso había esperado palabras más crueles y no tanta contención. El tiempo también la había pulido en eso.

Y no me gustaba tanto, sentía como si hubiese perdido su esencia.

Si había sido por el miedo, iba a matar a ese hijo de puta por haberla cambiado hasta ese punto.

Pero por fin sacó su carácter y, aunque yo fui el blanco y quien la provocó también, me alegraba de saber que ella seguía ahí.

Fuera como fuese, la misma o diferente, algo se rompió dentro de mí al verla. Un anhelo, una esperanza... ¿De qué? Ni siquiera yo tenía la respuesta a eso.

No me gustó la actitud de Noah y aunque sabía que estaba provocándome para hacerme saltar, tuve ganas de estamparle el puño en la cara cuando le ofreció a ella la posibilidad de ser él quien la protegiera.

Tenía miedo, en el fondo, de que lo prefiriera a él. Era egoísta, sí, pero era lo que sentía.

No pude evitar sonreír cuando, pensando que Noah iba a tocarla, ella se acercó, por instinto, a mí. Confiaba en mí, aunque no lo supiera y aunque a mí me costara creerlo.

Su subconsciente le decía que yo no era la amenaza. Y aunque le había fallado una vez y por mi culpa le habían jodido la vida, no volvería a fallar.

La protegería hasta mi último aliento, de ser necesario.

—Entonces todo es esperar a que sepáis dónde está —dijo ella tras escuchar a Noah.

—No podemos hacer mucho más hasta entonces. Eso y protegerte hasta que lo encontremos —le aclaró mi compañero—. Deberíamos ir a tu casa, Alan. Quiero echar un vistazo antes de que Eva llegue.

—Cómo no —me miró y dudó—. ¿Liam?

—¿Sí?

—Yo mandé a la patrulla ya a casa cuando llegué —dijo.

—Lo sé. Id vosotros, yo me quedaré con ella.

—Gracias —el que era mi amigo me palmeó la espalda, teníamos una tregua y se lo agradecía. Me quedé sentado mientras se marchaban, sin quitarle la vista de encima a Eva. No lo había hecho en ningún momento, como si quisiera memorizar cada detalle de su rostro.

Para cuando me marchara, suponía.

—Supongo que tengo que preparar algo de ropa —dijo, incómoda.

—Vendrás a diario, con lo básico es suficiente.

—Bien... Avisaré a mi madre de lo que ocurre para que no se asuste al veros por aquí, menos mal que no le dio por bajar —se retorció las manos, estaba nerviosa.

Asentí con la cabeza y la dejé marchar, más que nada para poder respirar. Desde ese momento, ya no me separaría de ella hasta que las cosas se solucionasen. Sabía que iba a ser duro, pero no me podía imaginar que tanto.

Tenerla cerca iba a ser toda una tortura y en más de un sentido.

Le dejé la intimidad que necesitaba y caminé por la casa, los recuerdos bombardeándome por cada lugar que pasaba. Cuánto había significado ese hogar para mí...

Me senté en el sofá y apoyé la cabeza, cerré los ojos y suspiré. Necesitaba descansar y poner mi mente en orden.

—Ya estoy lista.

La dulce voz de Eva me sacó de mi ensoñación. Giré la cabeza y la vi con una mochila colgada a su espalda, mirándome, dubitativa.

Me levanté y le mandé un mensaje a Noah para saber si podíamos ir ya y eso hicimos cuando me respondió afirmativamente.

Caminamos por la calle, en silencio, mientras yo miraba hacia todos lados, con la mano en la culata de mi pistola. Preparado por si tenía que actuar con rapidez.

—Esto no va a ser nada fácil —suspiró ella, mirando dónde estaba mi mano.

—Es solo precaución —no quería preocuparla más.

—Ya... —volvió a mirar al frente.

Notaba cómo si pasaba por una zona más oscura, se acercaba más a mí. Hijo de puta, cómo le había quitado su libertad.

Ella, ni nadie, tendría que ir por la calle con miedo. Solo porque un monstruo se obsesionase con ella. Por desgracia, era común y esos malditos desgraciados seguían asustándolas. Haciéndoles daño de diferentes maneras. Creyéndose superiores cuando solo eran basura. Un cáncer que erradicar.

Por eso entré en el FBI, porque el mundo necesitaba ser un lugar más seguro.

Ese tipo de seres despreciables merecían arder en el infierno.

—Esta vez no te fallaré, Eva —dije con seguridad.

—¿Qué quieres decir con eso? —la incertidumbre en su voz.

—No dejaré que te haga daño.

Ni él ni nadie mientras yo estuviera a su lado. Y no me importaban las consecuencias, su seguridad era lo primero para mí. Ella estaba antes que yo mismo.

Entramos en la casa de Alan. Era algo más pequeña que la de sus padres, pero también de dos plantas y con un bonito jardín delantero. No era, precisamente, el lugar más seguro. Casi mejor un piso, pero donde nos encontrábamos, difícilmente podríamos conseguir uno.

—Te digo que necesito dos y los necesito antes de que abra los ojos por la mañana —decía Noah, enfadado, al teléfono.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Está pidiendo cámaras de vigilancia y algunas cosas más y le están poniendo problemas —

respondió Alan, que estaba revisando las ventanas del salón.

—No me importa lo que tengas que hacer, Craig, las quiero aquí a la de ya —resopló, me vio, por fin y suspiró aliviado—. Todo tuyo —dijo dándome el móvil.

¿Por qué siempre me tocaban a mí esos marrones?

—¿Craig? No, no soy Noah. Soy Liam —lo escuché gemir, no sabía por qué siempre me había temido tanto—. Lo que te ha pedido Noah... Lo quiero aquí antes de las seis de la mañana. Como si tienes que mandármelo en helicóptero, ¿te quedó claro? —tras un susurrado sí, colgué la llamada.

—Haber venido antes —suspiró—. Ese hombre no me soporta.

—Para una persona en el mundo a la que le caes mal, no te quejes —bromeé—. Cuéntame.

—La casa no está mal, Alan tiene buen sistema de seguridad en las ventanas y los cristales no se parten fácilmente. De todas formas, no me gusta el patio trasero, hay demasiada oscuridad. Pondremos un par de focos y mañana instalaremos el sistema de seguridad. Si se acerca, lo tendremos. Hoy poco más podemos hacer, dormir cerca.

—Está bien. ¿Algo de seguridad para la otra casa? Pasará tiempo allí.

—Sí, mañana estará todo listo. Si ese cabrón piensa acercarse a ella estando aquí o allí, cavará su propia tumba.

—Bien...

—Joder, Liam, desde luego que te llevaste la mejor parte —susurró.

—No seas idiota. Y no se te ocurra mirarla más de la cuenta. Es intocable.

—¿Incluso para ti? —sonrió.

Pues sí, incluso para mí.

—Si está por aquí, tiene que tenerla vigilada. Viéndola en compañía del FBI no se atreverá a acercarse —volví a lo que de verdad nos interesaba.

—Lo sé, pero tenemos que tener todo esto preparado por si acaso. No podemos hacer mucho más, solo mantenernos alerta hasta que sepamos dónde está.

—O tengamos, al menos, un indicio —resoplé.

—No tardaremos mucho.

Miré a Eva, quien nos observaba y noté la tensión en su cuerpo. Joder, tenía que tener más cuidado cuando hablara con Noah.

—Me muero de hambre —suspiré, esperando cambiar el tema.

—Yo estoy deseando darme una ducha —gimió Noah—. ¿Encargas tú las pizzas?

Eso hice. Una par de horas después, habíamos cenado, Alan se había marchado para no dejar solos a sus padres y Noah, Eva y yo estábamos en el sofá, en completo silencio.

La situación era extraña y, cómo no, tensa. Pero tendríamos que acostumbrarnos porque no sabíamos cuánto iba a durar aquella situación.

Había echado un vistazo por la casa, tenía tres habitaciones en la planta superior y una en la planta baja.

—Es hora de descansar —a Eva se le cerraban los ojos—. ¿Te quedas tú abajo? —pregunté a mi compañero.

—Sí.

Tenía que haber alguien allí, pendiente a las puertas principales de la casa.

—Eva, vamos —dije levantándome.

—Esto... ¿Cómo vamos a dormir? —preguntó mientras me seguía, con su mochila colgada al hombro.

Subí las escaleras y me paré delante de la habitación de Alan. Ya tenía todo más que

organizado. Noah y yo sabíamos bien cómo hacerlo.

—Este dormitorio es el más seguro para ti. Además, se comunica con la otra habitación, la que yo usaré. Dejarás la puerta abierta toda la noche. No saldrás del dormitorio sin avisarme.

—¿Estoy presa? —preguntó con ironía.

—Más vale esto a encontrarte de nuevo en otra cuneta.

Fui un cabrón por haber dicho eso, lo supe nada más que las palabras salieron de mi boca y vi el horror en su rostro. Pero, a veces, tenía que ser cruel para que entendieran el verdadero peligro al que se enfrentaban.

Si ese hombre estaba libre, no iba a parar hasta volver a dar con ella. Conocía muy bien a esa clase de serpientes. Y yo no podía permitirme un fallo.

—Eres un gilipollas —dijo con rabia.

—Lo soy —afirmé.

—No tendría que haber aceptado todo esto. Tendría que largarme y ya.

—Pero no lo harás —afirmé.

Ella me miró con... ¿Tristeza? ¿Rendida?

—No, no lo haré. Y no precisamente porque tenga ganas de verte. No puedo separarme de mi padre y es el precio a pagar. Bastante caro, al parecer —me miró con odio.

—Sí, será más caro de lo que te imaginas. Porque no me voy a separar de ti —estaba rabioso por ver cuánto me despreciaba. Por más que lo supiera, no era igual eso a sentirlo—. Me voy a convertir en tu sombra, Eva. No harás nada sin que yo lo sepa, cuando entres al baño estaré fuera, esperando. Ni siquiera podrás tomarte un café sola. Conmigo no tendrás privacidad y lo siento. Pero no dejaré que nadie te ponga un dedo encima. Ya te librarás de mí cuando todo esto termine.

—¿Terminará alguna vez? —la ironía en su voz.

—Acabaré con él —juré.

Ella observó mis ojos unos segundos y afirmó con la cabeza.

Entró en el dormitorio y dudó.

Entré tras ella, sorprendiéndola. Cerré la puerta a mi espalda y eché el pestillo, gracias a Dios, todos los dormitorios tenían uno.

—Yo cierro y yo abro esta puerta, ¿lo entiendes? —asintió de nuevo— Buenas noches, Eva —dije desapareciendo por la puerta que comunicaba las dos habitaciones.

Me quité la ropa y esperé a que ella apagase la luz para asomarme a la puerta. Estaba ya acostada, la luz de la luna iluminando un poco la estancia. Suspiré y me apoyé en el marco de la puerta. Tenerla tan cerca iba a ser un jodido problema.

Ya había movido la cama de sitio con la ayuda de Noah, así que quedaba mirando, directamente, a su cama. Me tumbé y cerré los ojos un poco. Esa noche dormiría mientras Noah hacía guardia.

Un grito y un sollozo me despertaron un rato después, me levanté rápidamente, pistola en mano, temiendo lo peor.

Me acerqué, con sigilo, a la cama de Eva. No había nadie más. Ella estaba llorando y removiéndose en la cama.

Tenía una pesadilla.

—Liam —sollozó en sueños.

Se me partió el corazón al escucharla. Dejé la pistola en la mesilla de noche y, sin dudarlo, destapé la cama, me tumbé y la cogí entre mis brazos.

—Estoy aquí —susurré. Le quité el pelo de la cara y le di un beso en la frente—. Estoy aquí, cariño.

—No me dejes —lloraba. Se removía, viviendo su sueño.

—No lo haré —la abracé con más fuerza y su cuerpo se puso rígido.

Entonces, como si me reconociera, la tensión la abandonó, su cuerpo relajado y se abrazó más a mí.

—Liam... —suspiró.

—Estás a salvo —le prometí.

Entre mis brazos, consiguió dormir sin que la pesadilla volviera en toda la noche.

Cumpliría mi promesa, iba a acabar con esa sabandija. Nadie tenía derecho a joder así a otra persona.

Capítulo 6

La luz del sol me despertó. Abrí los ojos lentamente y fruncí el ceño cuando el sueño de la noche anterior volvió a mi mente. Soñé que Liam había dormido conmigo, Liam se había llevado los fantasmas que me atormentaban.

Idiota, ¿no?

Suspiré, miré a la puerta y ahí estaba él. Con el pelo mojado y mirando hacia mi cama. No pude evitar pensar que estaba guapísimo.

—Buenos días —dijo con seriedad.

—Buenos días —me senté en la cama, levanté las piernas y me recompuse un poco el pelo.

—Estás preciosa cuando despiertas.

—Oh —no supe ni qué decir, no sabía a qué venía ese cumplido. No lo había tratado precisamente bien.

—Llegó el material, la casa está llena de federales preparando todo. No tienes que temer, son de confianza, conozco a cada uno de ellos. Dúchate tranquila. Puedes salir del dormitorio cuando quieras.

—Vale... ¿Liam? —lo llamé cuando se dio la vuelta para salir.

—¿Sí?

—¿Anoche...? —él enarcó las cejas, esperando a que siguiera. Yo era una idiota por creer que, quizás, no todo fue un sueño— Olvidalo —resoplé.

Hizo un gesto de asentimiento y, con la misma seriedad, se marchó. Escuché cómo cerraba la puerta de su dormitorio al salir y me levanté.

Era el primer día que pasaría custodiada, iba a ser una maldita tortura.

Más me valía ducharme y despejar mi mente cuanto antes. Y olvidar ese sueño que hacía latir mi corazón con fuerza.

—No, no es así. Si me escucharas, lo entenderías rápido —escuché que decía alguien. Bajaba las escaleras, ya arreglada y las voces eran para volverse loca.

—Si te explicaras mejor, lo entendería mejor —refunfuñó Noah.

—Pero bueno, Liam, ¿qué le pasa al guaperas hoy? —rio esa voz.

—Lleva días sin follar, eso le pasa —respondió Liam, haciéndome sonreír porque igual que lo decía serio, sabía que se estaba riendo de su amigo.

—¿Cómo sabes tú cuándo follo? —Noah a la defensiva— Vale, olvida la pregunta —dijo segundos después, cuando todo el mundo se quedó en silencio.

Provocó una carcajada en los compañeros.

—Noah perdiendo facultades, ¿quién lo hubiera dicho? —rio otro.

—Yo no estoy perdiendo nada, es por culpa de Liam. Como él es casto, me lo está pegando —bromeó.

Enarqué las cejas ante ese comentario.

—¿Vas a dejar el FBI y a ponerte una sotana, Liam? —rio otro.

—Sí, en eso estaba pensando. Pero antes me encargaré de cortaros la lengua a todos —la sonrisa en su voz.

—¿Veis la mala leche que se gasta? Está claro quién es el que no folla —rio Noah, haciendo que todos los demás lo siguieran.

Me paré en la puerta del salón y todas las risas cesaron de golpe cuando algunos pares de ojos

se centraron en mí.

—Joder —dijo uno con la boca abierta, mirándome.

—¿En serio? —a ese parecía que se le iban a salir los ojos de las órbitas.

—No me jodas —carraspeó uno más joven.

—Pues va a ser que sí —rio Noah.

—Va a ser que no, para todos —tronó Liam, repartiendo una colleja a cada uno.

Yo no estaba entendiendo nada.

—Buenos días —dije dubitativa tras el silencio sepulcral que se hizo.

—¿Eva? —un hombre alto, delgado y mayor se acercó a mí. Tenía una noble sonrisa en su rostro— Soy Paul Smith —me ofreció la mano y yo la miré con recelo.

Sin ser consciente de lo que hacía, busqué rápidamente a Liam con la mirada.

Él me observó unos segundos y caminó hacia mí, hasta pararse a mi lado. Su brazo rozando el mío. Las cejas de Paul Smith se elevaron y una sonrisa apareció en su cara.

—Paul es el psicólogo de la unidad —dijo Liam—. Puedes confiar en él.

Asentí con la cabeza e inspiré antes de levantar la mano y ofrecérsela. Era la primera vez en mucho tiempo que hacía algo así.

Con otra sonrisa, Paul estrechó mi mano. Y se sentía bien el contacto, no fue tan malo como imaginé.

—Es un placer conocerte, Eva —sonrió.

—Igualmente —sonreí también. Solté su mano y entrelacé las mías, nerviosa y orgullosa por haberlo hecho.

Liam se acercó a mi oído y susurró.

—Lo has hecho muy bien, te dejo en buenas manos.

Se marchó y volvió con sus compañeros. El psicólogo me miró con curiosidad cuando Liam se fue de mi lado.

—No está siendo fácil, ¿verdad? —preguntó.

—No mucho...

—¿Te apetece un café? Así charlamos un rato, si quieres.

—Claro —fuimos hasta la cocina y serví una taza para cada uno. Nos sentamos a la mesa, uno frente al otro.

Al principio fue algo tensa la conversación, pero poco a poco, me hizo sentirme en confianza. Paul era un buen hombre y por lo poco que me dijo, me di cuenta de que tenía a Liam y a Noah en muy alta estima.

Me dio su número de móvil por si, alguna vez, fuera la hora que fuese, necesitaba hablar. Se lo agradecí, pero dudaba que pudiera contarle mis secretos tan fácilmente. Me costaba mucho confiar en la gente.

Hasta eso me había robado ese monstruo.

La charla con Paul fue lo único tranquilo de ese día, después todo se convirtió en un caos. Agentes deambulando por la casa, que si focos fuera, que si cámaras de vigilancia por todos lados...

Cuando se marcharon, la casa se quedó completamente sorda.

—¿Y ahora qué? —pregunté, dejándome caer en el sofá.

—Ahora a esperar —señaló Liam, agotado también.

—Mañana me iré temprano. Hemos conseguido alguna información y quiero ir a corroborarla.

—¿Puedo saber sobre qué? —pregunté.

—Ese malnacido parece que salió, hará un mes, de la institución psiquiátrica —me explicó

Liam, apretando los dientes.

Me quedé en shock. Si eso era así, entonces sí era él quien me había vuelto a amenazar. Estaba cerca.

—Lo encontraremos, Eva —me aseguró Noah.

Levanté las manos, en gesto de rendición. Estaba cansada de todo eso. Todo lo que estaban haciendo, movilizándolo al FBI solo porque a mí se me había antojado volver a casa.

No era justo para ninguno de ellos.

—Yo... Necesito estar sola —me levanté, furiosa y antes de que las lágrimas rodaran por mis mejillas, subí a la habitación y me encerré allí. Tenía que soltar la frustración de alguna manera.

Me senté en la cama, elevé las piernas y dejé que toda la tensión saliera. Comencé a llorar, como hacía mucho tiempo que no me permitía hacerlo.

Lloré porque volvía a tener miedo. Porque estaba cansada de permanecer lejos y escondida. Lloré porque solo quería ser libre.

—Eva...

Noté cómo la cama se hundía por el peso de Liam.

—Todo es mi culpa. Tendría que marcharme —lloré.

—No. Mírame —levanté la cabeza y lo hice—. No vas a volver a huir y no dejaré que te pase nada. Sé que te fallé, pero por favor, confía en mí —pidió, atormentado.

Sí me falló. Lo hizo porque después de lo que vivimos, me dejó sola.

—¿Y si esto nunca termina? ¿Si no lo encontráis? ¿Tengo que vivir siempre lejos y escondida, Liam?

—Mierda, no —dijo con rabia—. Lo encontraré, te lo juro. Y serás libre de una vez por todas.

—Soy una cobarde, porque tengo miedo.

—No vuelvas a decir eso —sonó a amenaza—. Pasaste por un calvario y seguiste con tu vida. Ahora vuelve todo, es normal que tengas miedo. Y joder, deja de llorar, sabes que no lo soporto.

Levantó las manos, pero las dejó caer rápidamente. Sabía que quería limpiar mi rostro y no se atrevía.

—Te sigo odiando —susurré.

—Lo sé.

Cerré los ojos con fuerza y al abrirlos, cogí sus manos y las coloqué en mi cara. Suspiré al notar el contacto.

—Estoy cansada, Liam. Cansada de esconderme, cansada de vivir con el miedo de que pueda encontrarme. Estoy cansada de ser una cobarde.

Sus dedos acariciaron mi rostro y uno de ellos se posó sobre mis labios, silenciándome.

—Decidas quedarte o irte... Ninguna de las dos elecciones es de cobarde —abrí los ojos y me encontré con los suyos, más cerca que antes—. Si decides quedarte, lo atraparemos. Si decides marcharte, lo entenderé igual.

—Quiero acabar con él —la rabia en mi voz.

Liam sonrió, una sonrisa dulce y comprensiva.

—Entonces haremos eso.

—¿Estarás aquí? —no sabía por qué lo necesitaba tanto.

—No pienso irme a ningún lado hasta que lo atrape, Eva —sentenció.

Hasta que lo atrape... Después volvería a irse, como lo hizo la otra vez.

—Sé que no me quieres cerca, Eva —no, no lo quería y, sin embargo, tampoco quería que se alejara—. Intentemos llevar esto lo mejor que podamos. Estoy aquí por ti, quiero ayudarte.

—¿Por qué aceptaste venir? ¿O no te dieron elección?

Él dudó antes de responder.

—Elegí venir porque tengo una deuda contigo.

Me deshice de su caricia, me levanté y me acerqué a la ventana. Todo era por redimir sus demonios, nada más. Nunca le había importado, como no le importaba ahora.

—Si es por eso, Liam, podías haberte negado. Puedes marcharte tranquilamente, no hay ninguna deuda que tengas que saldar.

Noté cómo su pecho rozaba mi espalda y me quedé quieta, sin saber qué hacer. Deseando tanto el contacto como odiándolo por ello.

Sus manos se posaron en mis caderas y, lentamente, me acariciaron hasta abrazarme por la cintura, pegándome por completo a él. Cerré los ojos por la agonía que sentía.

Me dio un beso en la cabeza, como soñé que me lo había dado la noche anterior y me odié porque me hizo sentir bien.

Su boca en mi oído, un pequeño beso primero antes de hablar.

—No me iré hasta que estés a salvo —dijo con rotundidad—. Acostúmbrate a ello, Eva.

Maldito, pensé cuando se separó de mí y se marchó.

Siempre lo había odiado tanto como lo había anhelado. No podía perdonarle cómo me abandonó en el peor momento de mi vida y, sin embargo, ahora que volvía a tenerlo cerca, tampoco quería que se marchase.

Todo eso terminaría tarde o temprano y él volvería a su vida. Como yo, por fin, comenzaría la mía de una vez por todas.

Sin sombras, sin miedo, sin temor.

Y, de nuevo, sin Liam.

No entendía por qué ese pensamiento era el que más me dolía.

Ya no podía más y ya no iba a contenerme más.

Capítulo 7

—Eres un gilipollas.

Miré hacia la puerta y enarqué las cejas. Ahí estaba la chica que conocía, con la rabia saliendo por cada poro de su cuerpo.

—Lo soy.

—Y te odio —escupió.

—Lo sé —me acomodé en la cama, me senté con la espalda apoyada en el cabecero y esperé a que soltara lo próximo.

—Te he odiado cada día desde esa noche, Liam —temblaba de pura rabia mientras se acercaba a mí. Apreté los dientes, me dolía escuchar eso. Pero sabía que era verdad—. Maldito idiota, todo es tu culpa —explotó y dejó salir las lágrimas que estaba conteniendo.

Ahí estaba, ya lo había dicho. Por fin alguien me daba la razón.

Iba a aguantarlo porque lo merecía.

—Te odio —dijo con todo el odio del mundo, sus manos cerradas en puños.

Sin pensármelo dos veces, cogí su mano y tiré de ella. Cayó encima de mi cuerpo y la abracé. Invertí las posiciones, dejándola debajo de mi cuerpo. Con mi rodilla, la hice abrir las piernas y me coloqué entre ellas. Cogí sus muñecas con una de mis manos y las agarré por encima de la cabeza.

Me quedé mirándola mientras la tenía inmovilizada. Sabía que a mí no me tenía miedo, yo jamás le haría daño.

—¿Qué haces?

—Solo tienes que decirme que te suelte y lo haré, Eva —con la otra mano, limpié las lágrimas que caían por su rostro—. Me odias tanto como yo a mí mismo —reconocí—. Me he odiado cada día por lo que pasó. Y aunque tu odio me duele, sé que lo merezco.

—Liam...

—Yo no te odio, Eva. Nunca podría hacerlo —dije con sinceridad. Solté el agarre de sus manos y fui a levantarme, pero ella me lo impidió.

—No me dejes —susurró.

Ví la necesidad en sus ojos y se me rompía el alma.

Apoyé mi frente en la suya y suspiré.

—Sí no me quito, no podré parar, Eva.

Porque llevaba años soñando con tenerla de nuevo así, entre mis brazos. Reviviendo los momentos de la única vez que ocurrió entre nosotros, siendo unos críos sin experiencia.

—No pares entonces.

—¿Para que mañana me odies más? —la miré a los ojos— No podría con eso, Eva. No me aprovecharé de la situación —hice el amago de quitarme de encima, pero volvió a agarrarme.

—Eres la única persona que me toca desde ese día.

Me quedé completamente quieto al oír esa confesión.

—¿Quieres decir que...?

—Olvidalo —dijo avergonzada, me empujó un poco y me quitó de encima de su cuerpo—. No tenía que haberte contado eso —se levantó de la cama.

—Eva, espera.

—Déjame, Liam. Tienes razón, te odiaré más mañana.

—No me importa —la cogí del brazo antes de que llegara a su cama y la giré—. ¿Qué quisiste

decir con eso?

—¿Para qué quieres saberlo? ¿Para reírte por ser una inexperta?

Mi cara mostraba el asombro y la exasperación que sentía.

—No digas estupideces, Eva. ¿Por qué nunca? Él no llegó a...

—No, no llego a violarme —dijo con lágrimas en los ojos—. Pero ¿qué importaba eso? Nunca he soportado el contacto de nadie.

—Menos el mío —cogí su cara entre mis manos, no podía imaginarse cuánto significaba eso para mí—. ¿Deseas el mío, Eva? Dímelo, porque me estoy muriendo por tocarte.

—No hagas eso —lloró.

—¿El qué? —pensé que se refería a que la tocara.

—Mirarme con pena. No lo soporto...

—¿Con pena? —pregunté, asombrado— Llevo años soñando con esa noche que pasé contigo —reconocí—. Sueño con tocarte y me odio por ello.

—Yo también -reconoció.

—Merezco que me odies porque no puedo hacer otra cosa que no sea desearte. Pensé que... Joder, Eva, fue verte y no puedo anhelar otra cosa.

—Liam...

—No te estoy mintiendo —le juré y la miré fijamente a los ojos—. Déjame besarte, solo una vez —necesitaba hacerlo, necesitaba saber si todo eso que sentía era real o solo la obsesión y el deseo de terminar con el pasado.

—No sé si yo...

La besé, dulcemente. Un simple roce de labios. Con miedo por si me rechazaba, asustado, además, por cómo me hacía temblar.

—Joder —gemí al separar mis labios de los suyos. Me temblaban las manos por el deseo que sentía.

—No podemos hacer esto.

—Lo sé —volví a besarla, esa vez un poco más profundo.

Lamí su labio para que los separase y metí mi lengua en su boca, saboreando su sabor. Era dulce, era perfecto.

Se agarró a mi pelo, gimiendo cuando nuestras lenguas se encontraron.

—Liam...

Me separé de ella y maldije. Me pasé las manos por el pelo y suspiré. Si la seguía tocando, iba a perder el control.

—Para mí nunca hubo nadie como tú —reconocí dándole la espalda y marchándome de allí.

Necesitaba espacio, necesitaba aire. Eva no solo era volver al pasado, ella era todo lo que yo anhelaba y que nunca podría tener.

Eva era mi presente y el sueño de un futuro. Un futuro inalcanzable, porque entre nosotros nunca podría haber nada.

Ella me odiaba, me culpaba por lo que ocurrió. Yo me odiaba a mí mismo por ello. Y conmigo... Siempre estaría en peligro.

No tenía nada que ofrecerle, no podía darle la seguridad y la estabilidad que necesitaba.

—Mierda —me dejé caer en el sofá, al lado de Noah.

Mi compañero bajó el volumen de la televisión y siguió con su cómoda postura, los pies sobre la mesa.

—¿Estás bien? —preguntó unos segundos después.

—Sí —mentí.

—Ya... —sabía que no se quedaría callado mucho tiempo, él no era de dejar las cosas estar—
¿Eva?

—La besé.

—Mucho tardaste.

Lo miré extrañado.

—¿De qué hablas?

Él se encogió de hombros y le dio otro trago a su cerveza.

—Estabas deseando hacerlo desde que la volviste a ver. Creo que desde antes. ¿De toda la vida? La verdad es que yo apostaba porque no pasarías de la primera noche. Pues mira, has aguantado dos —soltó una carcajada—. Todo un récord.

—Eres idiota.

—Pero no estoy enamorado.

—¿Tienes complejo de Smith? —¿y a qué mierda venía esa tontería del amor?

—Algo así —rio—. Vamos, Liam, te conozco bien. Deseas a esa mujer.

—No puedo tocarla. Ella...

—Lo que vivió es su pasado, si es eso lo que te para.

—No seas idiota, sabes que no —resoplé—. Pero me odiará si me aprovecho de las circunstancias.

—Si te aprovechas... ¿No estás exagerando las cosas?

—No lo sé —dije agotado—. Yo no soy bueno para ella, Noah. Nunca lo fui. Ni podría darle lo que necesita.

—¿Qué crees que necesita?

—Estabilidad.

—Aja...

—Seguridad...

—Normal, como todos.

—Un futuro.

—Como todos de nuevo.

—Un futuro sin tener que preocuparse de si corre peligro o de si lo hace su pareja, joder.

—Ya, bueno, como si la seguridad existiera...

—Necesita amor —reconocí.

—Sí, todos soñamos también con eso.

—¿Tú también? —reí.

—Quien te diga que no, miente.

—Ella necesita a alguien mejor, yo nunca sería suficiente —terminé por reconocer.

—Ya...

¿No eran bastantes razones? Me callé y esperé a que dijera algo, pero no lo hacía. Noah se mantenía en silencio y eso me hacía removerme, incómodo.

—¿Y bien? —insistí cuando el silencio ya me iba a sacar de mis casillas.

—¿Y bien qué?

—¿Qué piensas?

—¿Realmente quieres saberlo?

—Sí —dije, aunque no estaba muy seguro de ello.

—Si es así... Te lo diré.

—¿Hoy? —la ironía en mi voz cuando se calló de nuevo.

—Si es lo que quieres...

—Joder, habla ya.

Me miró unos segundos fijamente.

—Pienso que eres gilipollas, Liam. Eso es lo que pienso.

Y, tan tranquilo, se levantó del sofá y se marchó de allí, dejándome solo.

Tampoco era nuevo, sabía, de más, que era gilipollas. Ahora, por qué lo decía él en ese momento, es lo que no llegué a entender.

Me tumbé en el sofá y esperé un buen rato para volver a la cama, para que le diera tiempo a dormirse.

Solo viéndola en ese estado, me acosté y recé por poder dormir esa noche.

Capítulo 8

—¿Y Liam?

—Acostado —me preparé una taza de café y me senté frente a Noah.

—¿Has salido del dormitorio sin pedirle permiso?

—Que le den, más ruido no podía hacer y él no se despertaba —resoplé, provocando una carcajada en Noah.

—Lo vas a matar del susto cuando se despierte y no te vea —rio.

Me encogí de hombros. Me daba igual. Bastante tenía con estar encerrada casi todo el día en esa casa. Solo iba a casa de mis padres lo necesario, Liam y Noah no se sentían seguros allí. Así que me tocaba volver a mi “cárcel” particular.

Menos mal que mi padre iba mejorando, aunque fuera poco a poco y eso me animaba. Charlar un rato con él era suficiente para ver su mejoría.

Todo saldría bien, estaba segura de ello.

—Anoche se acostó tarde —dijo Noah.

—Ah, ¿sí? —hice como que no me importaba.

—Lo hace cada noche, apenas duerme —continuó él.

—¿Por qué? —me vi obligada a preguntar. Además, para qué mentir, tenía curiosidad.

—Le cuesta desde hace años. Estas noches aquí, además...

—¿Qué? —insistí al ver que no terminaba la frase.

Él me observó unos instantes antes de resoplar y pasarse las manos por el pelo.

—Como le digas que te conté... —negué rápidamente con la cabeza— Tienes pesadillas —me puse tensa—. Él está contigo hasta que se te pasan.

—¿Qué quieres decir?

—Él no sabe que lo sé, pero lo vi, dejó su puerta abierta y me desvelé al escuchar un grito tuyo. Estaba en tu cama, abrazándote mientras llorabas en sueños —negó con la cabeza—. Lo ha hecho estas dos noches.

—¿Pero por qué? —me había dejado sin palabras.

—Él solo quiere protegerte, Eva.

—La culpa le puede, ¿no? —escupí con rabia, pero tenía ganas de llorar por lo que estaba escuchando.

Por más que quisiera odiarlo, Liam siempre había significado mucho para mí. Estaba dolida, mucho, pero nunca imaginé que se preocupara tanto como para quedarse a mi lado en un momento así.

Pensé que le era indiferente.

—Me cortaría el cuello si supiera que hablo de esto contigo —resopló.

—No le contaré nada, de verdad —juré, porque estaba deseando escuchar su versión.

—Él también tiene pesadillas desde entonces. Ha podido perder su trabajo por ello. La culpa por lo que pasó lo mata.

—Me dejó sola, Noah.

Me observó unos instantes antes de que sus ojos se abrieran de par en par.

—¿Es eso lo que le echas en cara? —estaba más que asombrado.

—Claro, ¿te parece poco? —la ironía en mi voz.

—No me lo puedo creer —puso los ojos en blanco—. Él se culpa por todo, Eva.

—¿Qué quieres decir con “por todo”? —fruncí el ceño.

—Joder. Él tenía que haberte protegido esa noche. Se culpa porque no lo hizo y lleva años atormentándose por ello.

—Pero él no tuvo la culpa.

—Ya, méteselo tú en la cabeza... —bufó—. Además, no entiendo que lo culpes por eso cuando no querías verlo.

—¿De qué hablas?

—Le prohibieron verte y se marchó creyendo que tú no querías verlo. Porque lo odiabas.

—¿Qué? —pregunté, asombrada.

—Estoy metiendo demasiado la pata, lo siento —se fue a levantar, pero cogí su mano por encima de la mesa, impidiéndoselo.

Él se quedó asombrado porque lo tocara, pero en ese momento ni en eso pensé.

—Yo nunca lo culpé, él no pudo protegerme de ese monstruo. Jamás podría responsabilizarlo por algo así. Es de locos.

—¿Entonces por qué no quisiste verlo?

—No sé de dónde sacó eso.

—Es lo que le dijeron.

—¿Quién, Noah? ¿Quién le dijo eso?

Noah me miró unos instantes y volvió a sentarse.

—Tu hermano —fruncí el ceño, ¿por qué Alan hizo algo así?— Tu hermano se encargó de que Liam se odiara tanto a sí mismo. Se encargó de hacerle creer que, además de que toda tu familia lo repudiaba, tú eras la que más lo querías lejos.

—Pero yo... ¿Por qué me cuentas esto?

—Porque es mi amigo. Porque lo veo sufrir cada día desde hace años. Porque todo esto lo está superando y no parará hasta verte libre de esa amenaza, sin importarle cómo te la quite de encima. Sin importarle las consecuencias para él. Y lo apoyo, pero no permitiré que le hagas más daño.

—¿Yo? —pregunté asombrada.

—Está enamorado de ti, Eva. Siempre lo ha estado. ¿Aún no te diste cuenta?

—Noah, yo... —yo no podía ni respirar— No me conoce —hacía años que no nos veíamos y lo que ocurrió entre nosotros...

Noah tenía que estar equivocado.

Liam podía estar enamorado de un recuerdo, pero no de mí. Yo no era esa niña. Ni él ese chico que tanto me hacía sentir.

No podía ser, era de locos.

Él me había dicho que me deseaba, pero tampoco le di importancia. Para mí, todo era por el pasado.

No éramos los mismos, aunque estando juntos sintiera que sí, que seguía siendo el de antes. Solo era mi anhelo.

Éramos desconocidos el uno al otro como para hacer una afirmación así, ¿no?

Joder, si solo hacía dos días que lo tenía cerca, no era el Liam de años atrás.

—¿Estás segura de eso? —me mantuve en silencio— Te va a ayudar, los dos lo haremos. Tu seguridad es lo primero. Pero no permitiré que se convierta en un kamikaze por ello.

—No te entiendo —negué repetidamente con la cabeza.

—Ya lo harás... Solo te voy a pedir un favor. Si es verdad que lo odias, déjalo estar. Déjanos hacer nuestro trabajo y nos iremos, no tendrás que verlo más, ya se recuperará, muchos lo apoyamos. Pero si sientes algo por él...

—¿Qué? —pregunté en un susurro.

—No lo dejes rendirse —se levantó y me sonrió con tristeza.

—¿A qué te refieres?

—No lo dejes separarse de ti —me quedé muda, sin poder pronunciar una palabra, intentando asimilar todo—. Veo que lo has entendido —sonrió—. Esta noche volveré con noticias, sabremos dónde está y tendremos que pensar en cómo cogerlo.

—Noah... —lo llamé antes de que se marchara.

—¿Sí?

—¿Y si él quiere rendirse y las cosas no son como tú crees?

Noah se encogió de hombros.

—Supongo que no lo sabremos hasta que llegue el momento, ¿no crees?

—¿Por qué me has contado todo esto? —pregunté de nuevo.

—Porque para él siempre has sido tú. Y me gustaría ver al mejor hombre que conozco siendo feliz.

—Quizás yo no soy esa felicidad.

—Puede ser... Pero, como todo, no se sabrá hasta que se pruebe.

—¿Él te ha dicho alguna vez...? —no podía ni repetirlo, tenía un nudo en la garganta.

—¿Que está enamorado de ti? —no hacía falta, sabía lo que quería decir.

—Sí...

—No —rio—. Ni él mismo lo sabe. Para él es como tú. Eres un recuerdo, algo que le duele. No se atreve a reconocerse a sí mismo lo que siente por ti. Porque eso lo haría vulnerable.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Porque lo conozco, Eva. Y porque igual que él ha estado lidiando con tus pesadillas, yo lo hice con las tuyas muchos años —dijo con seriedad—. Para mí la duda no es sobre sus sentimientos. Pregúntate, ¿qué sientes tú?

Se marchó y me dejó allí, sin poder respirar. Sentía un nudo en el estómago, sentía que el aire no llegaba a mis pulmones.

Llevaba años pensando que...

Y nada era como yo imaginaba.

Había cosas que no lograba comprender sobre lo que me había dicho Noah, pero lo averiguaría.

Llevaba años no solo escondiéndome del mundo, también de mí misma. Eso se tenía que terminar. El miedo, a todo, siempre estaría ahí, pero no podía dejar que me condicionara toda la vida.

Había cosas que necesitaba enfrentar.

—¡Eva! —su grito, desesperado, me hizo tomar una decisión.

Liam era lo primero a lo que me tenía que enfrentar. Y tenía que descubrir qué era lo que ese hombre significaba, realmente, para mí.

—Estoy en la coc... —no terminé la frase, ya él entraba por la puerta.

Intenté mirarlo a la cara y hacer la que no me había dado cuenta de que venía sin camiseta y con los vaqueros sobrepuestos, aún sin abrochar.

—¿Qué demonios haces aquí? —gritó y me fulminó con la mirada.

—Me apetecía un café —intenté sonar normal y que no notara lo nerviosa que estaba por mi conversación con su amigo. Me levanté y sonreí como pude—. ¿Te apetece uno? —pregunté con timidez mientras se acercaba a mí, sin dejar de mirarme a los ojos.

—Si vuelves a desaparecer de ese dormitorio sin avisarme... —cogió aire, sabía que

intentaba relajarse.

Sonreí, no pude evitarlo. Siempre que se había enfadado conmigo, me había hecho gracia.

Parecía ser ese mismo chico que desapareció de mi vida, era como si el tiempo no hubiese pasado entre nosotros.

Ni el tiempo ni las desgracias.

—¿Qué harás? —lo azucé, como solía hacer.

—Joder, Eva, me diste un susto de muerte.

—No exageres, esto es una fortaleza—suspiré.

Él se pasó las manos por el pelo, aún agobiado.

—No vuelvas a hacerlo.

—Tendrás que atarme entonces —me encogí de hombros y me giré para prepararle un café.

Pero me agarró por el brazo y me pegó a su cuerpo medio desnudo. Un grito ahogado salió de mi garganta, por la sorpresa.

—No me des ideas, Eva. Casi me da un jodido infarto —estaba más que enfadado, eso sí.

—Tampoco es para tanto, Liam. Noah estaba aquí —intenté relajarlo, hacerlo reaccionar.

—¡A Noah no le importas como a mí! —gritó.

Cerró los ojos con fuerza una vez que lo había dicho. Tras un joder, suponía que se estaba fustigando mentalmente por no haber podido guardarse ese pensamiento.

—¿Te importo a ti, Liam? —pregunté con suavidad, pero picándolo un poco.

—Maldita sea, sabes que sí —soltó mi brazo, pero me negué a separarme de él.

—Demuéstrame entonces —lo reté.

Él me miró como si me hubieran salido siete cabezas. La verdad es que yo me miraría igual, porque no sabía cómo había podido decirle eso.

—¿El qué? —la duda en su voz.

—Demuéstrame cuánto te importo —ahora que había empezado, no iba a parar.

—No entiendo...

—Demuéstrame que no sientes pena por mí —su mirada cambió a airada, parecía ser que odiaba que pensara eso.

—No vuelvas a decir eso —gruñó y comenzó a caminar para atrás.

A mí me daba igual todo en ese momento. Él era el único que me había tocado de esa manera. Era el único con el que había soñado. Volvía a tenerlo cerca y era el único que quería que me volviera a tocar.

Porque necesitaba saber si era capaz de sentir.

Si él me hacía sentir.

Necesitaba saber qué demonios había entre nosotros. Si no era odio como pensé, ¿qué era?

—Demuéstrame que has pensado en mí —cogí aire y caminé, siguiéndolo.

—Déjalo, Eva, no sabes lo que me estás pidiendo.

—Demuéstrame —seguí— que puedo volver a sentir —el reto en mi voz, de nuevo.

Como no miraba por dónde iba, se tropezó con una de las sillas, que fue directamente al suelo y él no la siguió de puro milagro, menos mal que tenía buen equilibrio.

Seguía mirándome con los ojos abiertos de par en par. Como... Horrorizado.

—No sigas, Eva —me advirtió.

Suspiré. Parecía que no había sido buena idea.

—Está bien —accedí—. Pero tampoco hace falta eso.

—¿El qué? —frunció el ceño.

—Que me demuestres el asco que te da pensar en estar conmigo. A eso es a lo que me refería

anoche —si no funcionaba una cosa, quizás por este camino...

—¿De qué demonios estás hablando?

—Me haces creer que me deseas... —reí con ironía— No tienes que hacerlo para que me sienta mejor, Liam. Porque está claro que si soy yo quien está dispuesta a algo más, tú... Lo único que te falta es vomitar —pero decir todo eso me hacía daño, porque podía ser una posibilidad. Me limpié, con rabia, una de las lágrimas que caía por mi mejilla.

—No hagas eso —gimió.

—Tranquilo, no haré nada más —dejé caer las manos, ese hombre me volvía loca.

Volvía a equivocarme con él. Ya ni qué decir de lo equivocado que estaba Noah.

Fui a pasar por su lado cuando me agarró del brazo, pegándome a su costado.

—Eva...

—Déjame, Liam —rogué, llorando aún más.

—Por favor, no llores —me puso frente a él y limpió mis lágrimas. Me dio un beso en la frente y suspiró—. Siempre odié verte llorar.

Sollocé, siempre el pasado.

—Liam...

Su boca continuó. Me besó en un párpado, después en el otro, en la punta de la nariz...

—Deja de llorar —me pidió.

—Entonces no me toques si tanto te repugno.

Abrí los ojos cuando noté que separaba su cara de la mía. La sorpresa en su rostro.

—¿De verdad crees eso? ¿No es evidente lo que te deseo, Eva? —su voz ronca— Maldita sea, siempre lo hice. Y aquí estoy otra vez, años después ¡y sin poder dejar de pensar en ti!

Loca, me volvía loca. ¿Me rechazaba o me deseaba?

—Dos veces que te lo he pedido, dos veces que has huido de mí.

—Huyo de mí, Eva, no de ti —suspiró—. Me iré cuando todo esto acabe y no quiero hacerte más daño del que ya te hice una vez.

Fue ahí cuando lo entendí. Fue entonces cuando lo de convertirse en un kamikaze cobró sentido en mi mente. A eso se refería Noah. A Liam no le importaba nada. Aunque sintiera algo por mí, si es que eso era así, desaparecería cuando todo terminase.

No le importaba sufrir porque, para él, yo siempre estaría primero.

Él pensaba que lo odiaba. Y volvería a marcharse como ya lo hizo uno vez.

El problema no era yo. El problema era él mismo.

—Está bien, Liam —lo miré sinceramente—. Márchate si es lo que quieres. Pero mientras estés aquí, ¿por qué no dejas de huir de ti? —terminé en un susurro.

Me miraba fijamente, intentando entenderme.

—¿Qué me estás pidiendo? —preguntó con cautela.

—Que mientras estés aquí, seas el de siempre. Estoy cansada de luchar contra todo. También contra esto —nos señalé a los dos—. Estoy cansada de intentar odiarte y de no conseguirlo.

—Eva...

—Déjate llevar, haz lo que sientes.

—¿Y si lo que quiero es tenerte a ti?

Cogí aire, levanté mis manos y las puse sobre su cara

—Siempre me tuviste, Liam. Para mí sí que siempre fuiste tú.

Y esa era la mayor verdad que nunca había dicho.

Capítulo 9

—Siempre me tuviste, Liam. Para mí sí que siempre fuiste tú.

Gemí. Y todas las barreras que había construido con los años se derribaron con esa frase.

Ataqué su boca. Esa vez no había dulzura. En ese momento no me iba a contener.

—Me encanta tu sabor —susurré sobre sus labios cuando dejé su boca libre para dejarla respirar.

—No dejes de besarme —me rogó.

No tenía intención de hacerlo. Quería devorarla. Hacer lo que tantas veces había soñado. Quería hacerla mía como lo hice años atrás.

La cogí por la cintura y la levanté en peso. Enroscó sus piernas en mis caderas y subí con ella hasta su dormitorio. La tumbé en la cama y me puse sobre su cuerpo.

—Necesito sentirte —suspiró.

Volví a besarla, hasta tenerla desesperada, bajo mi cuerpo. Lamí la vena que sobresalía en su cuello y mordí su hombro, haciéndola gritar.

Con una de mis manos le di un apretón en su cadera cuando me acomodé entre sus piernas y rocé mi erección con ella. Volviéndonos locos a los dos.

Me levanté un poco para deshacerme de su ropa, desesperado por tenerla desnuda. Solo para mí.

Me deshice de su ropa y de la mía y volví a colocarme sobre su cuerpo. Mi erección rozándose con ella, en el lugar que estaba deseando hundirme. Quería sentir ese calor, lo necesitaba más que respirar.

—Liam —dijo desesperada.

—Espera —le di un beso rápido y me levanté, volví poniéndome un preservativo y me tumbé a su lado.

Acaricié sus pechos con mis dedos y bajé por sus costillas. Se retorció por mi contacto y eso me encantaba.

Bajé la boca y besé sus pechos, volviéndola loca.

—Había soñado con esto —confesé cuando volví a besar sus labios—. Pero nunca imaginé que podría tenerte así.

Acarició mi rostro con ternura.

—Dejemos el pasado por hoy. Ya nos hizo demasiado daño —suplicó y yo asentí con la cabeza antes de bajarla para besarla de nuevo.

—¿Estás segura de esto, Eva?

—Sí —dijo sin dudar.

—¿Aunque esto no cambie nada? —tenía que estar de acuerdo con eso, porque yo me marcharía pronto.

Y no quería hacerle más daño.

—Sí —respondió.

Y me dolió oír eso, como me dolía saber que lo nuestro tenía fecha de caducidad. Pero no había más posibilidades para nosotros.

Me tumbé sobre su cuerpo y volví a besarla mientras entraba en ella. Tan cerrada y tan húmeda para mí.

Iba a morir por el placer allí mismo.

—Oh, Eva —un ronco gemido salió de mi garganta cuando entré en ella por completo. Joder, no había sentido nada igual en la vida—. Dios, no puedo...

No podía dejar de moverme, no podía esperar, solo hacerla mía una y otra vez.

—Liam —gimió, su voz ronca por la pasión—. No pares...

—No lo haré, cariño.

Me moví con más fuerza, con movimientos más rápidos. Estar dentro de ella era la mejor sensación del mundo.

—Eva... ¡Joder! —grité cuando noté su vagina contraerse por el orgasmo y me arrastró a mí. Me sentí caer por un precipicio.

Después de mucho tiempo, me sentí vivo.

Terminé y me dejé caer sobre ella, agotado y un poco agobiado por lo que me había hecho sentir.

Sabía que Eva no era como ninguna otra. Y me aterraba la idea de ponerle nombre a lo que ocurría entre nosotros dos.

—¿Te puedes quedar así un poco más? —preguntó mientras me abrazaba.

Sonreí sobre su cuello, le di un beso y la hice girar, intercambiando las posiciones.

—Mejor así —la miré sonriendo.

Levanté las manos y le quité el pelo de la cara, echándoselo para atrás. Tenía el rostro sonrosado y una sonrisa de satisfacción en su cara.

No podía negar lo que acabábamos de hacer.

—Vaya... —suspiró— No pensé que fuera tan...

—¿Intenso?

—Sí —sonrió, avergonzada—. Debo parecer tonta.

—Nunca —dije con firmeza.

—Supongo que estás acostumbrado a mujeres experimentadas.

Puse los ojos en blanco.

—Acabo de hacerte el amor, Eva. Solo a ti se te ocurriría hablar de otras en un momento así —resoplé.

—Lo siento. ¿Volveremos a hacerlo?

—¿Quieres?

—Habrá que aprovechar el tiempo que estemos aquí encerrados de alguna manera.

Solté una carcajada, puse mis manos en su trasero y la besé.

—Noah también está —le recordé.

—A mí los tríos no me van —dijo seria, provocándome otra carcajada—. Solo quiero aprovechar el poco tiempo que tenemos, Liam.

Asentí, entendiéndola. Me pasaba lo mismo y dolía saber que me tendría que marchar. Y que ella volvería a convertirse en un recuerdo.

—Tengo que hacer un par de llamadas.

—Está bien —se quitó de encima de mí—. ¿Podemos ir después a casa de mis padres?

—Claro —le di un beso en los labios—. Te espero abajo y nos vamos.

Me puse el vaquero y fui a mi habitación para terminar de vestirme. Cogí el móvil y llamé a Noah.

—¿Qué has averiguado?

—Aún no llegué al manicomio. Pero me llamó Anderson y todo parece indicar lo que imaginábamos. Sin saber cómo, ese desgraciado fue dado de alta de la institución mental. Y no sabemos cómo mierda no se informó a las autoridades federales de ello.

—El mismo director del lugar tendría que haberlo hecho. Eso sin contar que tenía que haber avisado al FBI para que estuviera presente en la evaluación con la que lo dejaron libre —gruñí.

—Exactamente. Pero se han pasado toda la burocracia por los cojones. Van a empezar a rodar cabezas, Anderson está que echa humo.

—Normal...

—Si está fuera, está en el pueblo, Liam. De eso no hay duda. La otra teoría de un segundo acosador usando su método no tiene ningún sentido.

—Lo sé.

—Cuando regrese te contaré todo. De todas formas, deberías hablar con Alan. Debería de volver a hacerle una visita a los padres y, si puede, entrar en esa casa. Tiene que estar ahí, Liam.

—Tendremos que conseguir una orden si no.

—Sabes que eso es complicado, tampoco tenemos pruebas y tardaría demasiado tiempo. Y ha pasado demasiado desde que Eva llegó, lo que me extraña es que no haya intentado actuar ya.

—Porque está recluida, por eso no lo hizo.

—Pues habrá que cambiar eso.

—No me jodas con eso, Noah —le advertí—. No la pondré como cebo.

—No es tu decisión —me recordó.

—Que te follen, Noah.

—La verdad es que lo estoy deseando, porque ¡qué estrés!

Y con las mismas, me colgó el teléfono.

—¿Discutiendo con Noah?

Miré a la puerta y suspiré. Joder, cada vez que la miraba, me parecía más hermosa.

—A veces es gilipollas, solo eso.

—A mí me parece muy bien chico.

—A mí no me gusta nada que te parezca nada —fruncí el ceño. No eran celos, solo que Noah tenía ese efecto con las mujeres y no me gustaba que con Eva también.

—Me cae bien —insistió.

—Déjalo, Eva —le advertí—. Lo mataré de todas formas.

Ella rio y negó con la cabeza.

—Necesito hablar con tu hermano. ¿Estarás segura con tus padres un par de horas?

—Claro, tampoco exageres con esto, Liam.

¿Exagerar? Después de todo, pensaba que a veces ella no era consciente del peligro que corría de nuevo.

—No tardaré demasiado —le prometí.

Salimos de la casa y mi mano fue directamente a la culata de la pistola.

—¿Siempre estás así?

—¿Así cómo? —pregunté sin entender.

—Así, en alerta, preparado para cualquier cosa.

—Cuando estoy de servicio sí. Y cuando no también —reconocí. Era el riesgo de mi trabajo, siempre en peligro.

—¿Y no es agotador?

—Bastante. Pero toda precaución es poca.

—Liam —se paró y me cogió la mano—. Relájate un poco, no pasará nada caminando por la calle. No a estas horas —aclaró cuando levanté las cejas, recordándole que la otra vez fue exactamente así.

—Me relajaré el día que te vea libre, Eva. Y no tardará mucho en llegar.

Ella me miró, dudó pero terminó dándome un beso en los labios.

—¿Y eso?

—Me apetecía —se encogió de hombros—. ¿Es malo?

—No —puse mi brazo por encima de sus hombros y le di un beso en la cabeza—. No es malo que hagas lo que sientes.

Aunque si seguía por ahí, las cosas, cuando nos separásemos, iban a ser aún más difíciles.

¿Pero qué podía hacer?

Yo tampoco quería dejar de tocarla el poco tiempo que iba a estar con ella.

La dejé en la puerta de casa de sus padres y le hice señas.

—No me iré hasta que cierres con llave —ella puso los ojos en blanco—. Y no...

—Abres esa puerta sin mi permiso —repitió a la vez.

—Chica lista, ahora tira —le ordené, pero antes de que entrara en la cocina, tiré de su mano y devoré sus labios.

Porque quería. Porque, simplemente, me apetecía hacerlo.

—Hmmm —suspiró al separarme de ella.

—A nadie, Eva —le advertí.

Me marché cuando cerró con llave.

—Alan —dije cuando cogió la llamada—. Tenemos que vernos. No tengo mucho tiempo.

Solo tardó diez minutos en recogerme con el coche de policía.

—¿Adónde vamos? —preguntó cuando me senté.

—A casa de los padres de ese desgraciado.

—Ya estuve ahí, Liam, no conseguirás nada.

—Lo intentaremos de todas formas. Porque tiene que esconderse ahí, Alan.

—Yo pienso lo mismo.

Pero conseguimos lo que ambos sabíamos, nada. Ni siquiera nos abrieron la puerta. Investigué un poco alrededor, pero nada que me llamara la atención.

Así no podía hacer mucho. Así solo había una solución y era la que menos quería: poner a Eva como cebo.

Tenía que encontrar otra manera de provocar a ese cerdo sin ponerla a ella en peligro, pero en ese momento no se me ocurría cómo hacerlo.

Era hora de recoger a Eva, tenerla cerca era lo único que quería en ese momento.

Capítulo 10

—¿Por qué me miras así?

—Porque eres un imbécil, Alan —Liam estaba duchándose y Alan y yo preparando algo de cenar. Cenaríamos mientras esperábamos a que Noah llegase.

—¿Qué hice ahora?

—¿Por qué lo buscaste a él para esto? —no hacía falta especificar sobre quién estaba hablando.

—Porque es el mejor. Y no quiero a nadie inferior cuando se trata de protegerte.

—¿Pensaste alguna vez en cómo me sentiría yo? —dejé el cuchillo a un lado y lo miré, cruzándome de brazos.

—Me importa una mierda cómo te sientas ahora mismo, Eva, si con eso puedo asegurarme de que estarás viva —dijo con seriedad.

—Me refería a hace quince años, Alan —lo miré a los ojos, los míos acusadores—. ¿Pensaste en cómo me sentía yo cuando Liam no venía a verme porque ¡a saber qué mierda le dijiste!?

—¿Cómo sabes eso? ¿Te lo dijo él?

—No, él nunca te traicionaría en algo así. Pero tú fuiste un capullo, con él y conmigo y me has visto llorar sin que te importe una mierda. Y ahora tienes el cinismo de decirme que quieres al mejor. ¿Tan malo era antes? ¿Tan poco te importó verme llorar?

—No seas injusta. He cuidado de ti todo lo que he podido. Pero ese maldito idiota...

—Ese maldito idiota solo estaba cuidándome para que papá y mamá te vieran jugar —negué con la cabeza y aunque no me gustara ver el dolor y el remordimiento o la culpa en sus ojos, se lo merecía—. Él no tuvo la culpa de nada, Alan. Y le hiciste creer que sí.

—Te miraba como no debía y vosotros...

Miré al cielo, cansada de que siempre quisiera protegerme y de que creyera que podía saber qué era lo que yo necesitaba.

—No tenías derecho ninguno a nada. Sobre todo porque era yo quien quería verlo. Y de verdad que no quiero saber qué barbaridades pudiste decirle para hacer que se marchara así. Joder, Alan, me viste llorar por creer que no le importaba —cogí aire y lo solté lentamente—. Solo espero que el tiempo que esté aquí, me dejes elegir.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no interfieras en mis decisiones, Alan, en ninguna. Menos aún en lo referente a Liam.

—No lo conoces.

—Al parecer lo conozco mejor que a ti —dije con tristeza.

—Eva... —suspiró, apesadumbrado— Nunca quise hacerte daño.

—Pero lo hiciste y no entiendo por qué. Lo echaste de mi vida y ahora que te interesa, vuelves a actuar sin pensar en ninguno de los dos.

—Las cosas no son así.

—Sí, Alan. Sé todo lo que estás haciendo, pero no eres el único que sufre con esto. Nos has hecho daño a ambos. Hace quince años y ahora. ¿Te has parado alguna vez a pensar en nosotros?

—Joder, lo siento, yo... —se pasó las manos por el pelo, abatido.

—Ya está hecho —me limpié una lágrima—. Y dentro de poco se volverá a ir y desaparecerá, de nuevo, de nuestras vidas.

—¿Lo quieres? ¿Es eso? —su cara de asombro total.

—Aunque sea solo por esta vez, déjame elegir —no iba a responder directamente a esa pregunta.

—Eva... —insistió.

—¿Todo bien por aquí? —la pregunta de Liam nos pilló por sorpresa.

Alan no respondió, solo lo miró. Liam enarcó las cejas, esperando mi respuesta.

—La cena ya está lista —cogí las cosas y comencé a ponerlas sobre la mesa, dándole la espalda a los dos hasta que me limpiase las lágrimas.

No quería hacerle daño a mi hermano, pero necesitaba mostrarle el que él me había hecho con su enfermiza sobreprotección. No solo a mí, también a Liam.

Terminamos, entre todos, de poner la mesa y nos sentamos.

—¿Eva?

—Liam.

Levantó una mano y me limpió una lágrima que salió sin que pudiera evitarlo. Me quedé un poco desconcertada porque se comportase así delante de mi hermano.

—¿Todo bien? —preguntó, preocupado.

—Sí —sonreí—. ¿Verdad, Alan? —lo miré y él asintió, afligido.

—Todo bien.

Al menos, el tiempo que estuviera Liam cerca, estaríamos todos bien.

Capítulo 11

—Que alguien me ponga una cerveza —gimió Noah cuando entró por la puerta de la casa de Alan.

El que era mi amigo, Eva y yo estábamos sentados en el salón, esperando su llegada.

—¿Qué averiguaste? —pregunté cuando le traje una lata.

—Lo que imaginábamos. Hace un mes que, sin poder explicarme cómo, le dieron el alta del manicomio. He tenido que esperarme allí hasta que llegaron los federales para detener al director, tiene muchas explicaciones que dar.

—Por mí como si lo meten entre rejas —grazné—. Es evidente que anda cerca. Y no se va a quedar tranquilo hasta que dé con Eva.

—Liam... —no, me negué en rotundo, no podía con esa posibilidad.

—Sabes que no hay otra manera —insistió Noah.

—Tiene que haber otra —insistí, aunque yo sabía, también, que manteniéndola escondida, difícilmente daríamos con él.

—¿De qué habláis? —preguntó Eva.

Fulminé a Noah con la mirada, advirtiéndole que no se le ocurriera decir algo al respecto. Eva era capaz de aceptar, aunque le aterrara la idea.

Todo con tal de terminar, de una vez por todas, con aquello.

—De nada —contesté—. ¿No estás cansada?

—No —dijo rápidamente y yo puse los ojos en blanco—. ¿Qué quieres? No hago nada en todo el día, ¿de qué me voy a cansar?

¿Lo quieres? ¿Es eso?

Aunque sea solo por esta vez, déjame elegir.

Había escuchado eso antes de entrar en la cocina cuando Alan y Eva discutían. Me había quedado sin poder reaccionar, esperando la respuesta de ella.

No había dicho nada claro y yo no quería ni imaginar lo que sentía. Porque daba miedo. Porque yo me marcharía y ella lo sabía.

Porque yo no era lo que ella necesitaba, nunca lo había sido.

Miré a Alan y, a mi manera, le iba a demostrar que yo también quería elegir qué hacer el poco tiempo que me quedara allí. Y que no tenía que esconderme por ello.

No tenía que sentir que hacía nada malo porque quisiera pasar todo el tiempo posible con su hermana. Sería lo único que me quedaría de ella.

—Hoy hiciste ejercicio —me encogí de hombros. Evité soltar una carcajada cuando se puso roja como la grana.

—¿Tú haciendo ejercicio? —preguntó Alan, incrédulo, mirando a Eva.

—Sí —sonrió ella—. Practicaba para rebanar gargantas —me fulminó con la mirada y yo me reí.

—¿Qué mierda de ejercicio es ese? —Alan, a veces, era tonto.

—Joder, Alan, de verdad que no das para más —rio Noah, que lo había entendido bastante bien.

Alan miró a Noah, que le devolvía la mirada con las cejas enarcadas. Después miró a Eva, que estaba más roja aún, parecía haber encontrado algo entretenido en la pared de enfrente y, después, me miró a mí.

Le mantuve la mirada, sin inmutarme. Si quería golpearme, era cosa suya. A mí no iba a separarme nadie de Eva mientras estuviera allí.

—Joder —gruñó—. Que es mi cama —puso los ojos en blanco.

—Eres idiota —Eva me dio un golpe en el hombro, la agarré por la muñeca y, sin importarme lo que pensarán los demás, la acerqué a mí, pasé mi brazo por sus hombros y le di un beso en la frente.

—Tranquila, nena, ya lo imaginaban.

—Desde hace años, sí —bufó Alan.

—¿Se supone que eso tiene que relajarme? —quería matarme, eso seguro— Dejad de tratarme como a una niña indefensa. Quiero saber todo lo que estáis pensando.

—Nadie está pensando nada. Es Noah que a veces es gilipollas y un bocazas —le aclaré.

—A ver, Eva —comenzó Noah.

—Ni se te ocurra —le advertí.

—No soy de cristal —refunfuñó ella y me dio un golpe en el costado—. Dime, Noah.

—Joder —gruñí.

—Podemos estar aquí eternamente. Bajo nuestra protección, ese hombre no se acercará a ti —explicó Noah.

—Entiendo... —y por la tensión en su cuerpo, supe que sí comenzaba a entender.

—Pero no podemos alargarlo más. Tenemos que provocarlo —terminó mi compañero.

—¿Usarme como cebo? —para mi sorpresa, no le tembló ni la voz.

—Nunca —sentenció.

—Jamás —dijo Alan a la vez.

—¿Podéis dejar de comportaros como dos cromañones protectores y pensar como agentes de la ley que es lo que se supone que sois, joder? —explotó Noah, dejándonos a los dos en silencio.

Noah era un encanto hasta que se le cruzaban los cables, me daba miedo hasta mí.

—No vas a poner a mi hermana en primera línea de fuego, gilipollas —explotó Alan.

—¿Y qué esperas, sheriff del demonio? ¿Cómo, si no, ese maldito se acercará a ella?

—¡Pues piensa en otra cosa, joder! —grité.

—¿No tendría que decidir eso yo? —preguntó Eva, exasperada.

—¡No! —gritamos Alan y yo a la vez.

Al menos, en lo referente a cuidar de ella, estábamos de acuerdo.

Eva resopló, me dio un manotazo para quitar mi brazo de sus hombros y se levantó del sofá.

—¿Qué tendría que hacer, Noah?

—No vas a ponerte como blanco, Eva —le advirtió su hermano.

—Déjame en paz, Alan, no soy imbécil —gruñó ella.

—Puede ir armada.

Con ese comentario sí que mataba a mi compañero.

—¿Eres idiota? —lo miré enfadado— Capaz de dispararse a ella misma, por Dios.

—Joder —Noah se levantó, desesperado—. No tenemos de otra, ¿es que no os dais cuenta? Y cuando el jefe nos diga que se termina la ayuda, lo hayamos encontrado o no, tendremos que volver. ¿Es eso lo que quieres, Liam? ¿Dejarla aquí sabiendo que no pudimos encontrarlo? Porque si no lo provocamos de una vez por todas, ¿no hay otra maldita manera de hacerlo! —estalló.

—Mierda —gimió Alan.

Lo miré a los ojos y entendí que también sabía que no teníamos muchas más salidas.

Eva no podía permanecer encerrada de por vida como yo no podría protegerla siempre. El desgraciado la quería a ella y solo viéndola a ella sola daría la cara.

Nadie dudaba de eso, pero había estado intentando retrasar lo inevitable.

Primero por miedo a su seguridad. ¿Y si no podíamos garantizársela?

Y segundo porque joder, era egoísta y si todo terminaba y ella, por fin era libre, entonces sí dejaría de verla para siempre.

—Él sabe que está bajo nuestro cuidado —intervino Alan, ya más calmado—. No hará una tontería al primer momento. Necesita...

—Necesita ver que no estamos —declaró Noah—. Tiene que pensar que está sola, que el FBI se marchó y que ella intenta volver a la normalidad. Que es lo lógico cuando, desde que estamos aquí, ni siquiera una amenaza más llegó.

—Tiene sentido eso —asintió Eva.

—No tiene ninguno —le llevé la contraria, más enfadado conmigo mismo que con ella.

Me miró con los ojos entrecerrados y me ignoró seguidamente.

—Estás sugiriendo que me cree una rutina.

—Sí, no creo que necesite muchos días. Con el examen psicológico que le hicieron en su día y el que ha hecho Smith estudiando el caso, la ansiedad le podrá. Pero no dará un paso en falso hasta que crea estar seguro de poder tenerte —explicó mi compañero.

—La otra vez se le escapó de las manos y esta no puede fallar —entendió Alan.

—Maldito hijo de puta —me levanté furioso.

Todo eso que Noah decía yo ya lo sabía. Era el procedimiento que seguíamos siempre, pero joder, estábamos hablando de Eva. No era lo mismo. No era una desconocida para mí.

Estaba aún más involucrado con ella de lo que lo había estado nunca.

Y podía ponerla en peligro por eso.

—Tú estarás fuera de todo esto —sentenció Noah como si me hubiese leído la mente.

—¿Qué?

No era una pregunta lo que salió de mi garganta. Era, más bien, una amenaza. A mí no iba a decirme él qué era lo que yo tenía o no que hacer.

—Estás demasiado involucrado, Liam.

—No me encabrones, Noah —le advertí, furioso—. Seré yo quien proteja a Eva.

—Deja tu maldito complejo de salvador y piensa un poco.

Iba a pensar, sí, pero para ver dónde le dolería más si le enterraba el puño: ¿en la mandíbula? ¿Más en la nariz?

—Alan está más involucrado aún —le recordé.

—Pero yo no. Al menos no tanto —Noah me miró fijamente—. Sabes que la protegeré como si fueras tú mismo.

Negué con la cabeza, eso sí que no podía aceptarlo. No podría vivir si le ocurría algo, otra vez, porque yo no pude protegerla.

—No —y no iba a ceder.

—Quiero a Liam —la voz serena y dulce de Eva nos hizo mirarla—. Confío en él. Sé que sabrá separar el trabajo de lo demás.

Tenía un nudo en el estómago por oírla decir eso. Confiaba en mí y eso era lo mejor que me podía haber dicho nunca.

—No te fallaré —le juré.

—Lo sé —ella me miró y sonrió.

—Está bien —suspiró Noah.

—Siendo así, ¿cuál sería el plan? —preguntó Eva. Estaba orgulloso de ella, de cómo se lo estaba tomando todo. Sabía que estaba asustada, aterrada.

Me dejé caer en el sofá y la hice sentarse a mi lado. Mientras Noah le explicaba cómo solíamos proceder, poniéndole algunos ejemplos porque dependiendo del caso se actuaba de una manera u otra, ella, sin darse cuenta, me agarró la mano.

Entrelacé mis dedos con los suyos y noté cómo su cuerpo se relajaba.

Eran momentos simples que parecían no importar, pero que yo tendría que atesorar para siempre. Nuestra separación estaba cada vez más cerca y solo me quedarían esos momentos con ella.

Observé su perfil, intentando grabarlo también en mi memoria.

—¿Y suele funcionar? —preguntó con el ceño fruncido, pendiente a la explicación de Noah.

—El noventa por ciento de las veces —afirmé.

Ella asintió tras mirarme.

—Está bien —cogió aire—. Ya estoy cansada de todo esto, así que organicemos cómo terminar con ese hijo de puta.

Aún con todo el miedo que sentía por saber que se iba a poner como cebo, en ese momento, estaba orgulloso de ella.

Iba, no solo a luchar contra sus demonios. Iba a ayudarnos a terminar con ese desgraciado.

—Al menos dadme un par de días —pedí, cuando vi que no había vuelta atrás.

—¿Para qué? —quiso saber Noah.

—Para intentar encontrarlo. Si no lo hago, seguiremos con el plan —tenía la esperanza de poder evitar todo eso. Mínima, pero esperanza al fin y al cabo.

—Si esperamos, a lo mejor queréis cambiar los planes.

—¿Por qué? —pregunté.

—Este fin de semana es la feria del pueblo. ¿No sería un momento idóneo para pillarlo? Yo creo que sí. Pero no sé vosotros.

—No lo sé, Alan —resoplé, no me gustaba la idea—. Demasiada gente, ese tío es un peligro.

—No si podemos controlarlo.

—Sería el momento perfecto para que la siga y que nosotros pasemos inadvertidos —asintió Noah.

—Y también para perderla con más facilidad —gruñí.

—Si quieres tiempo para cogerlo antes, tendremos que arriesgarnos entonces —me advirtió Noah.

—Joder —bufé y asentí con la cabeza.

—Está bien entonces. Dos días y si no, haremos nuestro trabajo. Va a ser una feria muy entretenida.

Asentí y suspiré cuando Eva dejó caer su cabeza en mi hombro.

Capítulo 12

—Estás enfadado conmigo —dije desde la puerta de su dormitorio.

Volví de darme una ducha y estaba solo con el bóxer puesto.

—No —negó rápidamente.

Pero yo sabía que sí, porque su actitud había cambiado por completo.

—Todo saldrá bien —aseguré.

Tenía que creer eso. Y, además, era verdad lo que dije. Confiaba en Liam, sabía que me protegería.

—Eres muy valiente.

Me separé del marco de la puerta y reí amargamente.

—Llevo años escondida, Liam. ¿Dónde está la valentía ahí?

—¿Te parece que no? —se acercó a mí y me pegó a su cuerpo— Sufriste lo que no me puedo ni imaginar. Seguiste adelante. Estudiaste. Te superaste. Y ahora puede que te tengas que poner delante de tu agresor, del hombre que te obligó a dejar toda tu vida.

—Y siempre con miedo.

—No se es menos valiente por tener miedo, Eva —dijo ferozmente—. Ni se es peor por caer si te vuelves a levantar.

—Necesito que entiendas que tengo que hacerlo —era mi decisión, pero tenía esa necesidad—. Necesito tu apoyo en esto.

—Espero encontrarlo antes y que no tengas que hacer nada.

—Sabes que será así, Liam —y tenía que estar preparado, como tenía que estarlo yo.

Él cogió aire y lo soltó lentamente.

—Entonces, si es así, tendrás que hacer siempre lo que te digamos, todo como te digamos. Nunca improvisarás. Prométeme eso.

—Lo prometo —levanté una mano y acaricié su cara—. Pronto se terminará todo, ¿verdad?

Estaba asustada, mucho. Pero tenía que hacerlo. Mi vida tenía que ser, de nuevo, mía. Me habían arrebatado, siempre, eso tan simple. Había dejado que el miedo dominara todas mis decisiones.

No había vivido por no sentirme libre de hacerlo.

Y no le deseaba algo así a nadie. Sentir miedo es lo peor que alguien puede experimentar.

—Terminaremos con él —sentenció.

—Cuando todo esto se acabe, Liam, quiero que me prometas algo.

—¿Qué? —preguntó, reticente.

—Que olvidarás el pasado. Como lo haré yo. Que no volveremos a darle más poder ni a él ni a nadie.

—Lo intentaré.

—No, Liam, no me vale eso —suspiré—. Prométeme que no habrá más odio ni más culpas. Tienes que mirar al futuro con esperanza y con sueños. Lo demás quedó atrás.

—No es tan fácil.

—Sé que no. Créeme, lo sé bien. Como sé que, a veces, somos nuestros peores enemigos. Unos verdugos para con nosotros mismos, deseando fustigarnos para sentirnos menos vulnerables. Y no es justo.

—¿Desde cuándo eres tan sabia? —intentó bromear— La chica que conocí era un poco más

tonta.

—Y yo conocí a un gilipollas y mira, sigues siéndolo.

Me reí cuando me cogió en brazos y me levantó para dejarme sobre su hombro.

—Quieta —me dio en el trasero y me reí más aún.

—Bájame, bruto.

Lo hizo, me dejó sobre la cama y se puso encima de mi cuerpo.

—Este gilipollas tiene hoy ganas de ti —me acarició el cuello con la nariz, dejándome un beso después.

—¿Cuántas ganas? —gemí cuando mordió mi cuello.

Mis caderas ya se movían, deseando sentirlo.

—Más de las que me gustaría —sonreí al notar la tortura en su voz.

Levantó la cabeza y me besó en los labios.

—Yo también tengo ganas de ti —susurré.

Acaricié su espalda desnuda con mis uñas y levanté un poco la cabeza para besar su cuello.

—No hagas eso, Eva.

Lo hice quitarse de encima y me senté sobre sus caderas cuando se tumbó de espaldas.

—Déjame a mí esta vez —acaricié su pecho y bajé hasta el ombligo. Él gimió.

—No creo que pueda.

Besé su cuello y bajé, lamiéndolo, hasta pararme en su ombligo. Metí la mano por el bóxer y cogí su miembro, haciéndolo gemir aún más.

Lo acaricié un poco, disfrutando de los sonidos que emitía. Era espectacular verlo así, saber que era yo quien provocaba eso.

Sin preguntarle si quiera, bajé mi cabeza y lamí su erección. Su cuerpo rígido y un gruñido gutural salió de su garganta. Puso sus manos en mi pelo y me movió lentamente la cabeza, mostrándome el ritmo que quería.

—Ya —gruñó un rato después, levantándome al cogerme por las axilas.

—Déjame terminar —me quejé.

—No, ahora no. Necesito follarte y correrme dentro de ti, Eva. Podrás hacer conmigo, después, todo lo que quieras.

—¿Lo prometes?

Él puso los ojos en blanco.

—Sí, chica de las promesas. Lo prometo.

—Bien —sonreí—. Entonces fóllame, Liam.

Me miró a los ojos, los suyos quemaban.

—No sabes cómo me pone que me digas eso —su voz ronca por el deseo.

—Demuéstrame —lo reté.

Aunque no necesitaba hacerlo. Liam sabía muy bien cómo darme placer.

Cuando terminamos, estábamos los dos sin aire y en completo silencio.

—Esa noche me creí morir cuando vi cómo caías al suelo —comencé.

—Eva, no...

Me coloqué de lado para mirarlo mejor, él hizo lo mismo y yo acaricié su cara.

—Déjame contártelo, lo necesito.

—Como quieras —tragó saliva.

—Esa noche fue rara —sonreí con melancolía—. Acababa de perder mi virginidad con el mejor amigo de mi hermano y por el que siempre había sentido mariposas en el estómago.

—¿Eso es verdad? —no se lo esperaba.

—Sí —sonreí—. Estaba feliz hasta que me tuve que hacer la fuerte cuando él me dijo que todo había sido un error. No se le dice nunca eso a una chica —reí.

—Y me dijiste que lo olvidáramos.

—¿Qué más podía hacer? En las pelis funcionaba, pero en la vida real dolía.

—Lo siento, Eva, yo no sabía, tampoco, qué decir.

—Éramos unos críos, es normal —me encogí de hombros, restándole importancia—. Aun así estaba contenta. Aunque sabía que a lo mejor nunca se repetiría, me alegraba que hubieras sido tú —vi la emoción en sus ojos y el orgullo por ello—. Cuando te vi caer al suelo, sentí pánico y supe que todo era por mí. Incluso antes de verle la cara frente a mí, supe quién era él. Fue como una premonición.

—¿Había intentado antes algo?

—No, pero siempre fue raro. Me miraba raro.

—Entiendo.

—Fue horrible —lloré, sin poder evitarlo—. Ni siquiera recuerdo todo, solo su cara intentando besarme por todos lados y yo forcejeando. Le pegué cuanto pude, pero pesaba demasiado.

—Déjalo, Eva, por favor —me rogó, limpiando mis lágrimas.

—Me desmayé, supongo que era lo más fácil para mí. Y cuando volví a abrir los ojos, ya estaba en el hospital. Pregunté por ti y fue mi padre quien me dijo que te había golpeado en la cabeza y que estabas malherido. Cuando tengo pesadillas, lo veo a él. Cuando voy por la calle, sea donde sea, y tengo miedo, no puedo olvidar su cara. Por eso necesito hacerlo, Liam. Porque si él sigue libre, yo nunca lo seré.

—Terminaré con él, Eva. Te juro que nunca más podrá asustarte, ni a ti ni a nadie.

—Sé que lo harás. Y después de eso podremos vivir en paz.

Aunque separados, pensé.

No dejes que se rinda.

Esa frase de Noah aún daba vueltas en mi cabeza.

Si era como yo entendía, me pedía que luchara por Liam. Pero yo no podía hacerlo. Porque Liam, primero, tenía que luchar por él.

De nada me servía darle la mano para ayudarlo si él no ponía de su parte.

Yo estaba luchando con mis demonios, él tenía que hacer lo mismo con los suyos.

Cuando todo ese infierno terminase, yo tendría, después de mucho tiempo, una vida. Tenía que encontrar mi camino. Y Liam tendría que volver a la suya y seguir con ella.

Ambos necesitábamos distancia. Los dos necesitábamos saber si lo que sentíamos tenía una razón de ser. Al menos en mi caso. Ni siquiera sabía si era verdad que Liam sentía nada, como Noah creía.

Ni él mismo lo sabía, según palabras de su compañero.

Solo estando lejos, veríamos las cosas con perspectiva. A nosotros nos unía demasiado el pasado. El miedo, los remordimientos, la culpa, la necesidad...

Pero si quitábamos todo eso de la ecuación, ¿realmente quedaba algo?

Eso sería lo que tendría que averiguar él. Y lo que tendría que confirmar yo, porque la respuesta ya la tenía.

Para mí siempre fue, era y sería Liam.

Esa noche me despertaron los besos de Liam en el cuello. Eran dulces y algo desesperados.

No decía nada, solo me acariciaba y me besaba por todo el cuerpo. Haciéndome temblar cuando sentí sus labios en mi sexo.

Cuando entró en mí, lo hizo con delicadeza. Esa vez sentía que todo era más que sexo.

Sentía como si intentara decirme, sin palabras, algo. Pero no sabía qué.

En un par de días, si Liam no encontraba a ese hombre que me destrozó la vida, me separaría de ellos.

El plan estaba bien trazado. Y, si todo salía bien, en pocos días desaparecería de mi vida.

Como lo haría Liam. Al que, tal vez nunca más, volvería a ver. Eso no quitaría que, para mí, siempre sería él.

Capítulo 13

Nada... El segundo día que había pasado en la calle haciendo preguntas, vigilando esa casa y no había encontrado nada.

La noche anterior, cuando volví a casa de Alan, lo hice completamente frustrado. Solo abrazar a Eva y hacerle el amor me libraba de la ansiedad.

Seguía en el coche, mirando esa casa cuando un movimiento en la cortina del desván me llamó la atención. Miré fijamente hacia ese punto, la cortina se movía ligeramente, alguien había estado ahí.

Y esos dos ancianos dudaba que pudiesen subir hasta allí arriba. Maldito desgraciado, sabía que estaba escondido en la casa.

—Hola, Liam, ¿averiguaste algo?

—Está en la casa —dije con seguridad, al teléfono.

—¿Lo viste?

—No, pero como si lo hubiera hecho. Tenemos que entrar ahí, Smith. Estoy listo, solo consígueme la orden y ya.

—Sabes que las cosas no son así. Anderson no puede hacer eso, ni yo lo pediré.

—Me obligas a actuar por mi cuenta —gruñí.

A mí me solía dar igual, como a Noah, las jodidas reglas. Éramos los mejores porque trabajábamos a nuestra manera. Y si después el jefe tenía que hacer malabares para encubrir algunas de nuestras “jodidas meteduras de pata” como él las llamaba, allá él.

Lo importante era el resultado, no los medios.

La ética y las normas, cuando la gente estaba en peligro, se las podía meter el sistema por donde le cupiese.

—No harás nada porque pondrás a Eva en peligro.

—Joder —golpeé el volante con fuerza—. Lo único que haré será salvarla de ese malnacido.

—¿Con allanamiento de morada? ¿Un agente federal? Por más que trabajes a tu manera, sabes que tienes límites.

—Maldita sea, Paul, está ahí, está en ese jodido desván.

—Y aunque lo tuvieras enfrente, mientras no lo pilles haciendo algo, sabes que no puedes ponerle las esposas —hablaba con tanta calma que me enervaba aún más—. No hagas una estupidez, Liam. Porque no solo puedes perder a Eva si sale mal, también tu vida.

Apreté los dientes, sabiendo que tenía razón. Con lo fácil que sería entrar armado, encontrarlo y acabar con él.

—¿Sabías todo esto desde el principio, verdad? —él se mantuvo en silencio— Que no daríamos con él hasta tenderle la trampa.

—Como lo sabías tú —afirmó—. Solo que a mí no me ciega el amor.

—Yo no...

Yo no estaba enamorado, no era eso.

—No han vuelto las pesadillas, ¿verdad, Liam? Estando con ella no están. ¿Supongo que mientras estás en su cama, ella tampoco las tiene?

Gilipollas, pensé antes de colgar el teléfono.

Las pesadillas habían desaparecido, pero era porque caíamos en la cama, cada noche,

agotados. No había más razón que esa.

Salí del coche y llamé a la maldita puerta. Un anciano, minutos después, me abrió. Con mi placa ya en la mano, fue lo primero que vio.

—¿Qué quiere? —preguntó de malos modos.

—Agente Davies, FBI. Quiero hacerle unas preguntas con respecto a su hijo.

—¿Qué más quieren saber? —temblaba por la rabia— Mi hijo está internado por gente como usted, ¡mi hijo no hizo nada!

—No es eso lo que quiero discutir ahora, señor Harris. Solo dígame ¿dónde demonios está su hijo?

El anciano me miró con todo el odio del mundo.

—Encerrado por culpa de esa zorra —dijo antes de cerrarme la puerta en las narices.

—Te cogeré, hijo de puta —juré mientras volvía al coche.

Llamé a Smith de nuevo (a esas alturas no sabía con quién era más difícil tratar: si con el loquero de intermediario o directamente con mi jefe) y conseguí que mandara a un par de agentes para tener esa casa vigilada mientras seguíamos con el plan de atraparlo. Llegarían esa misma tarde, mientras, Alan dejaría a dos de sus hombres montando guardia.

Volví a la casa tarde, no me fui de allí hasta entrada la noche. Noah estaba en el sofá.

—¿Y Eva?

—Se fue pronto a la cama.

—Supongo que está nerviosa —me dejé caer y acepté la cerveza que me ofrecía.

—Creo que está más tranquila que tú. Es una mujer fuerte.

—Lo sé —bebí un largo trago y la dejé en la mesa.

—Me avisó Smith de que mandaste a pedir una pareja de federales. Sabíamos que estaba escondido en ese lugar.

—Es lo que me jode de este trabajo. Que por más que sepamos, no podemos hacer nada.

—Nosotros sí —sonrió—, más cosas que los demás.

—No sé cómo no entré a la fuerza para buscarlo y rebanarle el cuello.

—Ese no es tu trabajo, Liam. Tú solo tienes que cogerlo. Las autoridades se encargarán de él.

—Otra mierda de este trabajo.

Noah asintió con la cabeza. Era inevitable que, a veces, quisiéramos tomarnos la justicia por nuestras manos.

—¿Ya está todo listo?

—Sí, mañana desinstalaremos todo. Creerá que nos fuimos.

—Bien...

—Es la única manera, Liam. Sin el cebo, esa serpiente no saldrá.

—Lo sé, joder —siempre lo supe, pero eso no significaba que me resultara más sencillo.

—No hagas una tontería, no me obligues a tener que echarte del caso.

—¿Desde cuándo tienes poder para eso? —pregunté con ironía.

—No dejaré que metas la pata porque te pueden las emociones.

—Nunca ocurrió algo así, soy el mejor por algo.

—Lo del mejor aún lo tenemos que ver, mi competencia es dura —rio—. Venga, descansa, que en nada tendremos a ese desgraciado, de una vez por todas, entre rejas.

—O muerto —porque no había mejor final que ese.

—Pues sí —confirmó Noah.

Uno se volvía casi de piedra en ese tipo de trabajo. No podía tener consideración con ese tipo de seres, no cuando vivíamos, en primera persona, el daño que podían hacer a gente que no tenía

por qué sufrir.

Me paré en la puerta que comunicaba las dos habitaciones y miré a Eva. Parecía estar intranquila, malditas pesadillas.

Me di una ducha rápida para liberarme un poco de la tensión y me acosté a su lado.

—Liam... —suspiró mientras se acercaba a mí, buscándome aún en sueños.

La abracé y la pegué a mi cuerpo, notando cómo el suyo se relajaba al sentirme. El maldito loquero tenía razón, teniéndome cerca, sus pesadillas desaparecían.

Era una tortura saber que, seguramente, solo nos quedaba esa noche.

La apreté aún más y me acomodé para poder besarle el cuello. Necesitaba sentirla más que nunca. Necesitaba despedirme de ella.

—Te deseo —susurré sobre su garganta cuando levantó la cabeza, dándome mejor acceso y gimiendo por las sensaciones.

—Te estaba esperando —dijo con voz somnolienta.

Sonreí.

—¿Y te duermes mientras me esperas?

—Solo cerré los ojos un momento.

Reí, estaba profundamente dormida, nada de cerrar los ojos un momento.

Bajé las manos y ahuequé su trasero para pegarla a mi erección. Gemí por el contacto y levanté su camisón para sentir su piel mientras la colocaba sobre mi cuerpo desnudo.

Ella se estiró y cogió el preservativo de la mesilla de noche.

—¿Lo tenías preparado? —reí.

—Es que me cortas el punto si te levantas —dijo avergonzada, yo solté una carcajada.

Me lo puse y tiré de ella para besarla como quería. Estaba hambriento de ella.

Saqué su camisón por su cabeza y pegué su cuerpo desnudo al mío.

—Te deseo, Eva —gruñí cogiendo sus pechos entre mis manos y levantando la cabeza para llevármelos a la boca.

Ella se echó para atrás y me metió dentro de ella, haciéndome temblar por la sensación. Comenzó a moverse y yo tuve que echar la cabeza para atrás, solo quería disfrutar.

Las emociones me sobrepasaban y no podía controlarlas. Invertí las posiciones y comencé a moverme con más fuerza, saliendo y entrando de ella.

—Liam —gimió.

Un gruñido salió de mi garganta, aceleré aún más el ritmo y metí una mano entre los dos, tocándola para hacerla estallar. Y así fue, el orgasmo no se hizo esperar, arrastrándome a mí con ella.

—Eva —suspiré, dejándome caer a un lado de la cama y llevándomela conmigo.

La abracé con fuerza y besé su cabeza. Ella acarició mi cuello con su nariz y me dio un dulce beso antes de esconder su cara ahí.

—Te quiero, Liam —susurró un rato después, antes de notar que se había quedado dormida.

Cerré los ojos de pura agonía. Temía eso y, en el fondo me hacía feliz. Lo imaginaba tanto como miedo me daba. Ella se había entregado a mí porque sentía algo. Así era Eva.

Y pronto me marcharía de allí, recordando, siempre, esas dos palabras. Odiándome por no ser lo que ella necesitaba.

Odiándome porque tenía que dejarla vivir.

Sin mí.

Como yo tendría que seguir sin ella.

Capítulo 14

Terminaron de meter las cosas en el coche, era un primer adiós.

Noah y Liam, después de hacer el papelón de su marcha, se mantendrían escondidos con la ayuda de Alan. Tenía que parecer que yo ya no contaba con la protección de nadie. Y, aunque supiera que iban a estar cerca en todo momento, me daba miedo que algo pudiera fallar.

No había más opciones, tenían que atraparlo para que yo pudiera vivir en paz de una vez.

—Eva... —Liam se paró frente a mí.

Estaba apoyada en la puerta principal de la casa, mirando cómo terminaban de meter las cosas en el coche.

—Es momento del adiós —sonreí, nerviosa.

—Solo es un hasta pronto, estaré por aquí.

—Lo sé. Tengo miedo, Liam.

—Es normal —cogió mi cara entre sus manos y me dio un beso en la frente—. Solo hazme caso en todo lo que te dije. Confía en mí, lo voy a atrapar, esta vez no te voy a fallar.

Nunca lo hiciste, quise decirle. Aunque yo llevara años pensando que sí. Pero no era el momento de pensar en nada más que en lo que teníamos entre manos.

—Se acabará pronto —dijo con seguridad.

Asentí con la cabeza y cerré los ojos cuando noté, de nuevo, sus labios en mi frente.

—Hasta pronto, Liam —suspiré.

—Hasta pronto, Eva.

Fue hasta el coche y arrancó, Noah ya lo esperaba dentro. Ni siquiera miró atrás. ¿Sería también así cuando se marchara para siempre?

—Sigues enamorada de él —no le contesté a mi hermano, me quedé en silencio mientras veía el coche desaparecer—. Siempre lo estuviste, ¿verdad?

—Eso no importa. Centrémonos en coger a ese cerdo.

—Importará después, Eva.

—Pues ya me enfrentaré a ello cuando sea el momento.

Mi hermano colocó su mano sobre mis hombros y me hizo andar.

—Vamos, mamá te espera. Y papá hoy se levantó de la cama.

—¿En serio? —pregunté, animada por oír eso.

—Sí, está mucho mejor. Y deseando verte. Ya estaba protestando porque hacía dos días que no te veía —rio.

—Con Noah era imposible, es un mandón.

—¿Más que Liam?

Me quedé pensando un momento. Noah era agradable, dulce, divertido... Pero escondía una personalidad y un carácter muy fuerte. Había descubierto, en lo poco que había convivido con él, que tenía una voluntad de hierro.

Era una gran persona, pero algo cabezota.

Liam era diferente. Más serio, más callado. Y con un carácter mucho más controlador que Noah. Aunque su compañero sabía pararlo cuando debía y coger las riendas para controlarlo.

A Liam no le gustaba mucho eso. Imaginaba que, en otros casos, siempre era él quien llevaba la voz cantante. Pero en este, por ser yo, había dejado más a Noah decidir.

Suponía que por miedo a fallar él o por no poder ser del todo objetivo.

—No, nadie es más cabezota que Liam —resoplé tras pensarlo.

—No dejaré que nadie te haga daño. Acabará con él, Eva.

Lo sabía, como sabía que no le importaba cómo ni las consecuencias. Terminaría con la amenaza.

—Y se irá después de ello.

—¿Lo dejarás irse?

—Sí. Ambos necesitamos distancia.

Mi hermano se mantuvo en silencio, sin decir nada. No podía imaginar qué era lo que estaba pensando.

Tal vez aún odiaba a Liam y deseaba ver cómo se alejaba.

—Centrémonos, mejor, en terminar esto de una vez por todas. Quiero ver sufrir a ese cabrón —dijo con furia en su voz.

Yo ni siquiera quería eso. Yo solo quería saber que iba a poder vivir en paz.

Que, de verdad, iba a tener una vida. La que yo eligiera. Sin miedo porque me frenasen.

Capítulo 15

Solo una noche había pasado separado de ella y ya me desperté con una jodida pesadilla. Pero esa vez era diferente, esa vez no era un recuerdo, sino lo que podría pasarle a Eva si todo salía mal.

Al final iba a tener razón el jodido loquero.

—¿Mejor? —preguntó Noah, quien me había despertado del mal sueño.

Me senté en la cama de la pequeña habitación que compartíamos en el motel y me pasé las manos por el rostro, deseando despertar del todo.

—Esta vez fue diferente —suspiré.

—¿Quieres hablar de ello?

—No, porque eso no ocurrirá.

—Me da miedo cómo vas a terminar con todo esto.

Miré a mi amigo y compañero, estaba sentado en su cama, con el ceño fruncido por la preocupación.

—Podré con ello, Noah.

—Lo sé, ¿pero a qué precio?

—El precio a pagar me da igual siempre y cuando acabe con esa mierda.

—Espero que, de camino que terminas con él, no lo hagas también contigo mismo.

Me encogí de hombros, no me importaba si eso sucedía siempre y cuando ella estuviera a salvo.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Aún temprano, pero ¿te apetece un café? Yo también estoy nervioso, no puedo dormir.

—Sí, vamos a ello.

Ese día, como los siguientes, fueron un infierno. Seguíamos a Eva a escondidas, como sabíamos que lo hacía ese enfermo mental.

Aunque se expusiera tanto saliendo sola a la calle y notara la tensión en su forma de caminar, estaba orgulloso de ella. Era muy valiente. Estaba luchando contra sus miedos, intentando que esos demonios internos no le siguieran quitando la libertad.

Poniéndose como punto de mira para su acosador. Demostrándole que ya no le tenía miedo.

Conociendo cómo actuaba ese tipo de “personas”, sabía que no le gustaría nada ver eso. Verla libre.

Ellos necesitaban alimentarse del miedo de los demás. Se sentían superiores y plenos cuando sus víctimas estaban atemorizadas.

Y Eva no le estaba demostrando eso, así que su deseo de acercarse a ella seguramente había aumentado.

—Hablé con Smith y con Anderson. Los refuerzos que pediste están a punto de llegar. La mitad de los puestos de la feria estarán atendidos por federales. No va a poder salir de esa.

—Si actúa esta noche.

—¿Lo dudas?

—La verdad es que no. No puede perder más tiempo ni tendrá otra ocasión de poder pasar desapercibido.

—Debe de estar odiándola por no verla asustada.

Miré de nuevo a Eva, quien había entrado en una cafetería y asentí con la cabeza. Uno de los

nuestros, que llevaba días allí, entró tras ella. Nunca, en ningún momento, la dejábamos sola.

Porque ese enfermo podía cogerla en cualquier lado y yo podía morir con solo imaginar que le ocurriese algo.

Así pasamos el día hasta que vimos que volvió a casa de sus padres y que Alan ya estaba con ella. Cogí el teléfono y lo llamé.

—¿Cómo está? —pregunté sin saludar.

—Nerviosa. Pero es fuerte, podrá hacerlo. ¿Quieres hablar con ella?

—No —dije rápidamente. Si lo hacía, me pondría más nervioso a mí—. ¿Sabe cómo tiene que hacerlo todo?

—Sí, se sabe el guion de memoria. No improvisará.

—Más le vale o puedo matarla yo mismo —resoplé.

—¿Está todo listo?

—Sí —confirmé—. Todo y todos. Vosotros seguid las instrucciones que tenéis y ya.

—Está bien, nos vemos en un rato.

—Alan... —suspiré antes de que colgara— Dile que...

—¿Sí?

—Nada —colgué el teléfono. ¿Qué iba a decirle? ¿Que estaba orgulloso de ella? ¿Pedirle que confiara en mí, que no permitiría que nada le ocurriese?

—Eso tendrás que decírselo tú, Liam.

Miré a Noah con las cejas enarcadas, no podía haberme leído el pensamiento.

—¿El qué?

Él puso los ojos en blanco.

—Pues que la quieres, imbécil. Qué más iba a ser —rio.

—Yo no...

—Por supuesto que no —la ironía en su voz—. Para lo inteligente que eres en algunas cosas, en esto eres un zopenco.

—No te veo yo a ti enamorado para saber qué es siquiera eso.

—El día que lo esté lo sabré. Si es que ocurre alguna vez —rio.

—Lo dudo. Tanto que ocurra como que lo sepas.

—No debe de ser tan difícil, ¿no?

Ni respondí. Si algún día se veía en esas, ya se contestaría a él mismo.

¿Cómo sabía uno si estaba enamorado? ¿Si alguien no era más que sexo? ¿Más que deseo? ¿Más que, en mi caso, cerrar un capítulo que no quedó en el pasado?

¿Cómo podía saber lo que Eva significaba para mí?

Quizás nunca podría ponerle nombre a eso.

Capítulo 16

—Entonces te paras en este puesto —Alan me señaló el lugar en el dibujo improvisado—. Pides el agua y yo ahí no estaré. Te haces la que me buscas y terminas yendo a la parte de atrás.

—Lo sé —dije fastidiada, era la quinta vez que me lo explicaba en la última hora.

—Joder, Eva. Me da miedo esto, pero tenemos que hacerlo —se pasó las manos por el pelo, agobiado—. Lo siento, no tenemos otra manera de cazarlo.

—Lo sé y lo haré todo como decís. Solo habrá que esperar a que caiga en la trampa.

—Sí... ¿Preparada entonces? ¿El equipo bien colocado? —preguntó refiriéndose al aparato del oído y al micrófono que llevaba para que todos me tuvieran controlada en ese momento.

Afirmé con la cabeza, era el momento de marcharnos. Nos despedimos de mis padres, a los que no le contamos lo que íbamos a hacer porque capaz y sufría otro infarto y salimos.

La feria estaba montada a las afueras del pueblo. Hacía mucho tiempo que no iba, me la había perdido todos esos años.

Sonreí, sintiéndome, de nuevo, como una niña que pateaba porque su padre y su hermano mayor le consiguieran todo lo que quería de la tómbola.

No podría decir exactamente a qué olía, era peculiar. Olía a felicidad, a risas, a buenos momentos.

Olía, además, a miedo. Me estaba dando ansiedad cuanto más nos acercábamos. Tanta gente desconocida por ahí. Intentaba evitar, por todos los medios, que me rozasen.

Y en todos buscaba esa cara que tantas noches me había impedido dormir.

Entrelacé mi brazo con el de mi hermano, cogí aire y me dispuse a seguir el guion. Sonreí, o hice el intento.

—¿Me está escuchando todo el mundo? —la verdad es que la pregunta iba dirigida a Alan, así que pegué un salto cuando Liam y Noah dijeron que sí en mi oído— Joder.

—Esa lengua, Eva —me advirtió Liam.

—Eres un grano en el culo hasta en la distancia —resoplé.

Noah soltó una carcajada y mi hermano una risita.

—Te desharás pronto de ese grano. Ahora hazme el favor de centrarte y de hacer las cosas como debes.

—En ello estoy, neandertal —resoplé. Me paré en el primer puesto, como si mirara pulseras—. Tendré que volver porque esa pulsera me gustó. Hablaba en serio.

—Solo tú puedes pensar en algo así en este momento —resopló mi hermano.

—Es su forma de relajarse —intervino Liam—. Síguete el rollo y ya, Bennett.

—Realmente eres un grano en el culo, Davies —contrató mi hermano.

—Posible sospechoso a la cinco.

La voz seria de Noah nos calló a todos. ¿Qué significaba a las cinco?

—¿Cambio el rumbo? —preguntó Alan.

—No —dijo Liam—. Ya me recoloco yo, vosotros seguid el puto guion. Y Noah...

—¿Sí?

—Deja de tocarme las pelotas, ¿para qué mierdas lo dices por aquí?

—Sabes que me lío con tanto micro.

Escuché un gruñido de Liam y algo así como “con el cable de cualquiera de ellos te ahorcaré un día”, una risa de Noah y la comunicación se cortó.

—El momento se acerca —suspiré.

Alan me abrazó más fuerte y seguimos con lo nuestro. Un par de tómbolas, un algodón de azúcar que me tuve que comer aunque no me apeteciera y ya casi había llegado el momento.

Estaba delante de ese puesto pidiendo mi botella de agua a uno de los federales encubiertos.

—¿Alan? —pregunté cuando no vi a mi hermano y jugueteé con el palo del algodón de azúcar que ya me había comido, me iba a dar un infarto por los nervios.

Haciéndome la que lo perdí después de pagar por mi botella de agua y entonces todo de volvió un caos.

Varios disparos, uno muy cerca, gritos por todas partes y la gente corriendo en avalancha. Los agentes encubiertos aparecieron por todos lados, el que me había dado el agua ya delante de mí, protegiéndome mientras apuntaba a todos con el arma.

Me agarró del brazo y me hizo esconderme dentro del puesto hasta que el caos se convirtió solo en gritos lejanos.

—¿Qué mierda ha ocurrido? —gritó Liam, llegando hasta donde me encontraba.

—Que lo sabía, joder —gruñó Noah por el auricular.

—¡Eva!

Salí del escondite y no sé cómo me mantuve en pie, me temblaba todo.

—Liam...

—Joder —me abrazó con fuerza—. ¿Estás bien? ¿Te dio?

—¿Qué?

—¡Maldito hijo de puta! —gritó.

—Sácala de aquí, Liam —ordenó Noah por el pinganillo—. Nosotros nos encargaremos de encontrarlo.

Y eso es lo que hizo. Casi me cogió en volandas para meterme en el coche y salir a toda leche de allí. Notaba la tensión en su cuerpo, su mandíbula apretada y se iba a reventar las manos de lo fuerte que agarraba el volante.

—¿Qué ocurrió? —pregunté en un susurro— Liam —insistí cuando vi que no me contestaba.

—El maldito hijo de puta te disparó. Lo vi, lo tenía a tiro, pero disparó antes de que me diera tiempo.

—Pero no me dio —puse mi mano sobre su brazo y el gimió como si le doliera.

—Podía haberte dado y podrías haber muerto y... ¡Joder! —golpeó el volante.

—Pero no lo hice —yo estaba temblando también por el susto.

—Dime —Liam cogió el móvil cuando sonó—. De acuerdo.

Colgó y aceleró un poco más.

—Va para casa de tus padres. Te encerrarás en casa de tu hermano hasta que todo esto termine, ¿me entendiste?

—No dejaréis que le pase nada a mis padres, ¿verdad? —pregunté alarmada, retorciendo el palo que no era capaz de soltar, lo apretaba con tanta fuerza que me dejaba los nudillos blancos.

—Le dispararán nada más que lo tengan a tiro. Son demasiados tras él —dijo con seguridad.

Frenó en seco cuando llegamos a casa de mi hermano, me hizo bajar del coche y entramos rápidamente en la casa.

—Sube arriba, cierra los dormitorios con los pestillos y no abras hasta que sepas que somos Noah, Alan o yo, ¿te ha quedado claro?

—¿Pero por qué...?

—¡Hazlo, Eva!

Corrí y lo hice, sin imaginar que eso solo me llevaría adonde más peligro corría.

Capítulo 17

El maldito nos había descubierto y casi provocaba una masacre.

Estaba que temblaba por la rabia. No había sido culpa nuestra, pero había salido mal. Lo habíamos subestimado, creyendo que lo conocíamos.

Pero él sabía muy bien cómo funcionaban las cosas.

Había sido paciente el tiempo que estuvimos junto a ella. Había podido controlar sus sucios deseos de atraparla, era capaz de esperar el momento. No era tan impulsivo como creíamos ni como Smith nos dijo tras estudiar al sujeto.

Sentía que algo se me escapaba.

Nos había descubierto, había jugado con nosotros.

Me entró de todo cuando imaginé sus intenciones.

¡Eva! —grité mentalmente.

Salí corriendo cuando lo supe. El maldito hijo de puta nos la había vuelto a jugar.

Llegué arriba, me puse de lado y cogí distancia para tirar la puerta abajo con mi hombro. Dos veces, dos golpes y estaba ya con la pistola, apuntándole a la cabeza.

—Liam —lloró ella.

—Mucho tardaste, Liam —dijo el desgraciado.

—Suéltala —le ordené con rabia. El malnacido la tenía agarrada por el cuello, ella llorando y él apuntando a su cabeza con una pistola.

No podía temblarme el pulso en ese momento. No podía mirarla a ella a los ojos o me vendría abajo.

—Vas a soltar esa pistola —sonreía de una manera que daba miedo— o le vuelo la cabeza.

—No harías algo así —dije con tranquilidad, apuntando mejor—. No quieres hacerle daño, tú la amas —me daban arcadas pronunciar esas palabras.

—Sí —suspiró y la apretó un poco más contra él—. Siempre la quise, era tan guapa... Lo sigue siendo, ¿no crees?

—Sí.

—Pero esa noche no pude hacerla mía —dijo con rabia en la voz—, evitaste eso.

—¿Yo? —¿de qué demonios hablaba?

—¿No lo recuerdas, Liam? —ni afirmé ni negué, yo solo recordaba que me había quedado inconsciente y ahora solo necesitaba hacerlo hablar hasta poder pillarlo desprevenido.

—Suéltala, así solo la asustas. Y no quieres eso, ¿verdad?

—Aún me duele, Liam, el golpe que me diste —gruñó y me dejó sin entender. ¿Que yo qué?—. Por tu culpa no pudo ser mía. Porque siempre la quisiste para ti, ¿verdad? Como la quieres ahora, pero no dejaré que me la quites otra vez.

—Yo no quiero quitarte nada —miré a Eva, quien no me quitaba la vista de encima—. Yo sé que la quieres —dejé la pistola en el suelo y levanté las manos—. Estoy aquí para ayudarte, amigo —me levanté, con las manos en alto para que viera que no era una amenaza.

—No puedes ayudarme —negó rápidamente.

—¿Por qué no?

—¡Porque esta maldita zorra solo te quiere a ti! —gritó.

—Ella me odia, Williams —suspiré.

—¿Es eso verdad? —preguntó tirándole del pelo y haciendo que lo mirase, lo que la dejaba más libre de su agarre.

—Sí —lloró ella—. Me hizo daño.

—Eso no puedo permitirlo, ¿verdad, mi amor?

—No —negó ella rápidamente. Él agachó la cabeza y la besó. Un beso rápido y que me hizo querer matarlo.

—Entonces tendremos que terminar con él, ¿no crees?

Todo ocurrió como a cámara lenta en ese momento. Ese malnacido me apuntó con el arma y tiró más del pelo de Eva para que levantara la cabeza, para que viera mejor lo que hacía.

En ese momento, ella gritó y con un movimiento, levantó su mano y le clavó algo en el ojo.

La pistola de Williams se disparó y me dio en el brazo. Rabiando de dolor, pero sin pensar, saqué el arma de mi bolsillo trasero y mientras Eva se zafaba de su agarre, le disparé en la frente.

Dos disparos más que procedían de detrás de mí en el pecho y cayó, muerto, al suelo.

Me dejé caer de rodillas, agotado y dolorido.

—¡Liam!

—Cuidado —le advertí cuando me abrazó.

—Dios, te ha dado —lloraba.

—Es de hierro, no te preocupes —dijo Noah, poniéndose a mi lado—. El hijo de puta está muerto.

—Mucho tardaste —me quejé.

—Nada más que me di cuenta de todo —suspiró—. Disparamos a quien no era, cogió a un tonto.

Lo imaginé, lo tenía todo muy bien planeado y nos había tomado por imbéciles. Y lo éramos, caímos en la trampa y casi la pierdo de nuevo.

Alan llegó y suspiró al ver a su hermana bien.

—Se acabó —le confirmó ella—. Ayudadme a levantarlo.

—Ni de coña, puedo solo —lo intenté, pero me mareé, así que no tuve más remedio que aceptar su ayuda.

—La ambulancia ya está en camino —confirmó Alan.

—¿Ambulancia para qué? ¿Si es solo un rasguño? —partida de exagerados.

Un rasguño de los gordos era. La bala bien incrustada en el brazo y varios puntos. Un tiempo de baja, pero sobreviviría.

Salí del hospital con Noah y Eva estaba en la puerta, esperándome. No la dejé entrar, ella necesitaba calmarse un poco antes.

Había tenido un susto bastante grande.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada.

—Sí —sonreí—. Solo necesito descansar.

—¿Quieres quedarte en casa de mis padres?

Negué con la cabeza, no sería lo mejor.

—Volveré al hotel, pero estaré bien.

—Como quieras.

Acaricié su cara y bajé la cabeza para darle un beso en los labios.

—Al final fuiste tú quien acabó con él.

—Fuimos los dos —negó con la cabeza—. Yo solo te ayudé un poco.

—Tendrás pesadillas por esto —resoplé.

—No lo creo —sonrió—. Gracias a esto me siento libre.

—Mi chica valiente —la abracé con el brazo que no tenía inmovilizado y suspiré sobre su pelo—. Ve a descansar —le dije cuando me separé de ella—. Lo necesitas.

—Lo necesitamos todos —dijo Noah.

Caminamos hacia los coches y me paré delante del de Alan, esperé a que se sentara para marcharme con Noah.

—¿Volveré a verte? —preguntó Eva, mirándome fijamente a los ojos, las lágrimas contenidas en los suyos. Sabía muy bien que eso era una despedida.

Con todo el aplomo del que fui capaz, me agaché y volví a besarla.

—Primero vive, Eva. Te lo debes. Y me lo debes a mí.

Me marché de ahí y me monté en el coche, con Noah.

—¿Eso significa que no vamos a dormir? —preguntó mi amigo.

—Exacto, eso significa que volvemos a casa. Ya todo terminó.

Ese era el momento del adiós.

Capítulo 18

Hacía tres meses que Liam se había marchado de mi vida. Tres meses desde que ese monstruo ya no era parte de este mundo.

Tres meses en los que, por fin, me había sentido libre.

Caminar por las calles era algo precioso. Un placer al que nunca se le suele dar importancia. Pero cuando el miedo te impide hacer cosas tan simples como esa, es cuando comienzas a valorar la belleza de cada momento.

Solo ahí te das cuenta de la felicidad puede estar en algo tan insignificante como eso.

Aún era recelosa. Hablaba con la gente, salía sola. Pero la precaución siempre presente. Nadie sabía cuándo un loco podía aparecer.

Eso sí, el miedo ya no era quien dirigía mis pasos. Sino la esperanza y la ilusión de ser una persona normal. Disfrutando de su vida.

De Liam no sabía nada. No lo volví a ver desde aquella noche. Ya sabía, de más, que era una despedida.

Había sido duro separarme de él. Lo había echado, y lo seguía echando, mucho de menos. Pero ambos teníamos que seguir con nuestras vidas.

Volví a casa de mis padres después de hacer algunas compras. Al día siguiente me iría de allí. Había aceptado un trabajo en una importante revista en Manhattan y probaría suerte.

Me sentía dueña de mi vida y, como bien dijo mi madre, me tocaba volar.

—Hola, Eva.

—Hola, Alan —le di un beso a mi hermano.

—¿Ya tienes todo?

—Sí —sonreí—. ¿Papá y mamá?

—Salieron a pasear un rato. Creo que querían comprarte un regalo, pero no te dije nada.

—Vale —reí.

—No quiero que te vayas otra vez.

—Esta vez es por una buena razón. Y porque quiero. Además, siempre podrás visitarme y yo vendré cada fin de semana que pueda.

—No me puedo creer cómo has cambiado —sonrió—. Estoy orgulloso de ti.

—Gracias.

—Siéntate —me señaló la silla frente a él—. Necesito decirte algo.

Lo hice y esperé a que comenzara.

—Me he comportado siempre como un capullo y lo siento. Desde que éramos críos, desde esa noche. Culpé a Liam sin razón y fui yo quien lo hizo marcharse. Pero todo eso ya lo sabes. Además, fue él quien te salvó ese día. No sé cómo lo hizo, pero aún medio inconsciente, golpeó a ese desgraciado -una lágrima resbaló por mi mejilla, a eso se refería ese monstruo-. Lo siento, Eva, no tenía que haberme comportado así.

—Ya te perdoné por eso, Alan y por todo tienes que olvidarlo. Ya todo quedó en el pasado. Solo espero que, al menos, le cuentes eso a Liam para que deje de culparse. No lo merece.

—Lo hice, Eva -me aseguró-. Y sobre lo otro... No es así. No lo has dejado en el pasado —negó con la cabeza—. Te sigo escuchando llorar por las noches —desde que mataron a ese hombre, Alan volvió con mis padres, no quería estar de nuevo en esa casa—. Y no lloras por las pesadillas.

Me escocían los ojos por el simple recuerdo de Liam.

—Solo es por... Todo. No tienes que preocuparte.

—Es por él, Eva. Lo quieres y no harás nada por recuperarlo.

—¿Recuperar qué, Alan? Él no era nada mío. Él está viviendo su vida como yo la mía, nada más.

—Estás malviviéndola porque no te atreves a dar el paso. Te da miedo, ¿verdad?

—No sé de qué hablas.

—Tienes miedo a buscarlo y a decirle lo que sientes por si te rechaza. Por eso lo dejaste ir, porque crees que no siente nada por ti.

—Puede que sea así.

—¿Entonces te vas a rendir?

—Yo no me rendí, Alan. Fue él quien lo hizo.

Mi hermano me miró unos segundos.

—Pero fuiste tú quien lo dejó hacerlo.

No era del todo cierto. Había hecho lo que Noah me dijo que no hiciera. Pero era lo único que podía hacer.

Liam arrastraba, como yo, esa historia. Y sin eso superado, nunca podríamos tener una oportunidad.

Desde ese día que se marchó, no había recibido ni una llamada de él. Ni un mensaje. Nada. Era evidente que había superado el pasado. Tanto como me había superado a mí.

—Liam es un gran hombre, pero no está enamorado de mí.

—¿Por qué estás tan segura de eso?

—Porque si fuera así, habría vuelto a por mí.

Pero no lo hizo, estaba todo demostrado. En tres meses había tenido tiempo, de más, para saber qué sentía y qué no. Yo necesité mucho menos para ello.

Y doliera más o menos, me tocaba seguir adelante. Sola. Con él, siempre, en mi pensamiento.

Capítulo 19

—Decidme, ¿cómo estáis?

Me removí, incómodo, en el sofá. Tocaba terapia. Otra vez.

En los tres últimos meses, era sesión semanal, estuviera en activo o no. Un maldito aburrimiento.

—Bien —mentí.

Había estado de baja por la herida de bala en mi brazo y hacía un par de semanas que me dieron el alta. Solo que Smith me estaba tocando las pelotas y seguía sin aceptarla.

—Yo muy bien —sonrió Noah.

Puse los ojos en blanco, a veces necesitaba que alguien le cerrara esa boca.

—¿Y este cómo está? —le preguntó Smith, señalándome a mí.

—Este ya te dijo que bien —respondí con ironía.

—Pesadillas creo que no ha tenido.

—¿Crees? Llevas tres meses viviendo conmigo por culpa del loquero este de los demonios, ¿y le dices que crees? —lo iba a matar.

—Creo que no tuvo, Smith.

—Dios... —resoplé. Era peor que un dolor de muelas.

Estaban los dos compinchados para hacerme hablar, eso seguro.

—No, no tuve —Smith me miró con las cejas enarcadas—. Bueno, solo al principio, pero ya no -cuando Alan me explicó que fui quien salvó a Eva esa vez, las pesadillas sobre el pasado desaparecieron. Las nuevas... También.

—Aja. ¿Seguían siendo mientras ese loco tenía a Eva?

Sí, había sido horrible vivir eso. Casi la pierdo, ese cabrón fue más listo y no pude evitar sentirme culpable de nuevo. Me costó mucho entender que las cosas no eran así y que, aunque podía haber ocurrido una desgracia, ella estaba sana y salva y no había razón alguna para mis culpas.

El trabajo del loquero, al parecer, no era del todo inútil.

—Sí. Pero ya pasaron.

—Eso quiere decir que superaste el pasado —afirmó el loquero con la cabeza.

—Eso mismo —afirmó Noah.

—Así que ya me puedes devolver mi placa —asentí yo también, como lo hacían ellos.

Solo que mientras Noah y yo afirmábamos con la cabeza, Smith comenzó a negar.

—Bueno, ¿y por qué no? —pregunté, desesperado.

Yo no servía para estar sin trabajar. Yo quería volver a la acción.

—¿Has hablado con Eva?

—¿Qué mierda tiene que ver ella ahora, Paul? —exploté.

—No voy a darte vía libre hasta que dejes de estar depresivo.

—No estoy depresivo.

—Un poco sí.

—Tú cállate, maldito seas —fulminé a Noah con la mirada.

—Es la verdad —se encogió de hombros.

—Cuéntame, Noah —lo azuzó Smith.

—Te juro que te pongo las maletas en la calle, capullo —le advertí.

—Tengo casa, ¿recuerdas? —puso los ojos en blanco— No quiere ir a buscarla.

—¿Por qué no?

—Dice que ella merece a alguien mejor.

—¿Y eso por qué lo piensa?

—Porque cree que ya ha sufrido demasiado y que teniendo a él cerca, con su trabajo, nunca podrá sentirse del todo segura.

Resoplé, me parecía increíble que estuvieran hablando de todo eso delante de mí sin importarles una mierda que yo estuviera allí.

—Es decir, que algo de culpa le queda aún.

—Eso mismo creo yo, sí —afirmó mi amigo.

—Que no, joder —resoplé.

—¿Entonces por qué, Liam? —Paul me miró a mí.

Yo me callé. Era cierto que, en parte, era por lo que decía Noah, pero había mucho más. Ella merecía una vida con alguien mejor, ya había sufrido demasiado y yo...

—Creo que está acojonado —respondió Noah.

—¿Y por qué? —preguntó el loquero. El loquero que necesitaba uno para él también, al parecer.

—Eso, ¿por qué? —resoplé.

—Porque tiene miedo a amar. Tiene miedo a que lo amen. Tiene miedo a...

—Cállate —gruñí.

—Creo que tienes razón, Noah —sonrió Smith.

—Estáis los dos para que os encierren —estaba agotado. Cansado de pensar en ella, de no poder olvidarla, de soñar con un futuro que no podía darle, de...

—¿La amas?

Miré al psicólogo cuando me preguntó eso y apreté los dientes. No tenía por qué responder. Eso era algo solo mío.

La había echado de menos cada día desde que me marché. Y la necesitaba tanto... Pero ella merecía algo mejor. Yo ni siquiera era capaz de reconocerme, a mí mismo, cuán importante era para mí.

—La ama —afirmó Noah—. Pero no lo acepta.

Apreté más los dientes, a ese paso me iba a romper la mandíbula.

Sí, joder, ¡la amaba! Lo había hecho siempre. Siempre había sido ella para mí. Y desde que volvía a tenerla cerca, desde que la tuve, de nuevo, entre mis brazos y la hice mía, la amaba aún más.

Siempre fui yo, como siempre fue ella para mí.

—Cuando se dé cuenta, quizás esté ella tomando un café con otro. Tiene derecho a vivir, ¿no? —Smith enarcó las cejas.

—Y a enamorarse. De alguien que sí la merezca, claro —lo siguió Noah-. Es muy guapa, no le faltarán pretendientes.

Nadie la merecía, ella era demasiado para cualquiera. Nunca habría nadie a su altura. Y mataría a quien la tocara.

—Sí... Merece a alguien que, simplemente, la ame de verdad y se arriesgue —confirmó Smith.

-Eso mismo pienso yo, sí -confirmó Noah, sacándome ya de mis casillas.

Los celos me iban a matar...

Me levanté como un resorte, ya no lo soportaba más. Entre lo que había pasado, mi recuperación, aguantar a Noah, las terapias y toda la mierda...

—A ella no la tocará nadie —juré antes de ir hacia la puerta—. Quédate con la placa si quieres. Me importa una mierda.

—¿En serio? —rio Noah— Déjame ir contigo, no me pierdo esto.

Puse la mano en el picaporte de la puerta y me giré a mirar a mi amigo.

—Te juro que tengo que verte en una de estas, imbécil.

—No lo harás —sonrió él mientras se acercaba a mí—. Yo, cuando me enamore, lo sabré. Y nunca huiré.

—Noah...

—¿Sí, Paul? —miró al loquero.

—Yo también te veré así —sonrió—. Y más pronto de lo que crees.

Yo, por primera vez desde que volví, solté una carcajada. Noah maldijo mientras me seguía.

—Jamás seré tan idiota como tú, Liam.

—Lo sé... Serás peor.

—Y una mierda —gritó mientras yo soltaba otra carcajada.

—¡Liam! —me giré cuando Paul me llamó, me lanzó la placa y me guiñó un ojo— Se acabó el rendirse.

Asentí con la cabeza. Esa era la forma correcta de expresarlo. No iba a rendirme más, iba a luchar por lo que quería.

Y, a quien quería, era a Eva.

Capítulo 20

—¿Qué haces despierto tan temprano?

Mi hermano estaba en la cocina, aún no había amanecido y se estaba tomando un café.

—¿Quieres uno?

—Vale —bostecé y tomé asiento mientras lo servía—. ¿Estás bien?

—Sí —me dejó la taza delante—. Me llamaron del FBI.

—¿Algún problema? —lo mío ya estaba archivado, no podía estar relacionado con eso.

—Están interesados en que forme parte de su equipo.

—¿En serio? —abrí los ojos de par en par— Pero eso es estupendo, Alan.

Él se removió, algo incómodo.

—Sí, supongo.

—¿No te gusta la idea? —fruncí el ceño. Creía que era una gran oportunidad para él.

—Son agentes muy preparados, Eva. Necesitaría un curso intensivo para ponerme a la mitad de su nivel. No es que en este pueblo haya hecho, nunca, cosas demasiado... Peligrosas —resopló.

—Tienes capacidad física, tienes lo que necesitan. Hazlo, Alan.

—Trabajaría en Nueva York. De aceptar, claro.

—Pues en mi apartamento te quedas —sonreí ampliamente.

—Dejaríamos a papá y a mamá solos.

—Alan... Es tu futuro, los harás felices y lo sabes. Tenemos que vivir, ellos tienen su vida aquí.

—Lo sé.

—¿Entonces por qué no me dices qué es, realmente, lo que te preocupa?

—Que soy un capullo, Eva. Y hay cosas que no puedo perdonarme —me miró a los ojos—. Hace un mes que sé de esto, no puedo esperar mucho más para dar la respuesta.

—¿La tienes ya?

—Quiero hacerlo...

—¿Pero?

—Fue Liam quien me propuso a mí.

Enarqué las cejas y sonreí.

—No me extraña, te aprecia.

—¿Por qué? No me porté precisamente bien.

—Así es Liam. Para él siempre serás su amigo. Siempre estará ahí para cuando lo necesitemos —me limpié una lágrima que bajaba por mi mejilla.

—Os separé.

—Pasó hace años —suspiré—. Y nada de eso tiene que condicionarte. Sé que lo admiras y lo respetas ahora. Aprovecha la oportunidad porque la mereces.

—Es un gran amigo —reconoció.

—Sí —sonreí entre lágrimas.

Era así, ¿cómo no iba a quererlo? Pero nuestros caminos no estaban destinados a permanecer juntos.

—Me alegra saber que cuidará de ti. Tendrás al mejor para que te enseñe.

—Lo del mejor aún está por ver.

Casi me caigo de la silla del susto cuando escuché esa voz burlona.

—¿Noah? ¿Qué haces aquí? Dios, ¿le pasó algo a Liam?

El miedo comenzó a apoderarse de mí, me levanté de un salto y...

Fue entonces cuando Noah terminó de entrar en la cocina y, tras él, lo hacía Liam.

No sé cómo no me caí de culo.

—Liam...

—Eva...

Era como vivir un déjà vu. Igual de serio, pero mirándome más intensamente.

Estaba guapísimo, con el pelo un poco más largo y barba de un par de días.

Mi hermano se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla.

—Te lo debía —me guiñó un ojo—. Vamos, Noah.

—¿Adónde?

—A desayunar fuera.

—No tengo hambre —negó.

—Que salgas, joder.

—Pero es que no me quiero perder esto.

—¿Voy a tener que aguantar esto todo el día? —preguntó Alan mientras se acercaba a Liam para salir.

—Y peor —sonrió este.

—Es el precio si quieres convertirte en uno de los mejores —rio Noah.

—No creo que lo aguante —bufó mi hermano.

Y salió de allí, obligando a Noah para que se fuera también. Yo no podía moverme, ni siquiera sabía si estaba respirando.

—¿Quieres un café? —pregunté como una idiota porque joder, me daba miedo hasta preguntarle qué hacía allí.

¿Y si no era por mí? No quería hacerme ilusiones tontas que, después, la decepción sería peor.

—Sí —dijo con voz ronca, con las manos en sus bolsillos, comenzó a acercarse a mí.

—Bien... —cogí mi taza y bebí un trago rápido, antes de que notara que me temblaban las manos— Ahora mismo te lo... —no pude terminar de decir la frase, Liam ya estaba besándome y volviéndome tonta— Preparo —suspiré cuando soltó mis labios.

—¿Has salido a tomar café con alguien más? —preguntó muy serio.

—¿Qué? —pregunté sin entender.

—Olvidalo, es culpa de Noah —bufó.

—Ah... ¿Qué haces aquí, Liam?

—No soy bueno para ti.

—¿Y viniste para decirme eso? -pestañeeé, desubicada.

—Eva, yo... Sé que mereces más. Sé que yo no soy suficiente. He estado a punto de perderte dos veces y si a eso le sumas que mi trabajo es peligroso, que siempre podrían hacerte daño y que yo jamás podría perdonarme eso... Creía que esa placa era lo único que me importaba, pero no es así —cogió aire—. Lo dejaré para poder ofrecerte algo mejor. Porque te quiero y es un infierno mantenerme alejado de ti. No llores, maldita sea, no lo soporto —cogió mi cara y limpió las lágrimas.

—¿Qué es lo que quieres exactamente, Liam? -seguía llorando.

—A ti. Lo único que quiero en esta vida es a ti. Lo demás no me importa.

—Pues si me quieres, seguirás con tu trabajo y...

—No, tú eres antes que todo. Si me das la oportunidad, no necesito nada más.

Puse un dedo en sus labios, haciéndolo callar.

—Pero es que yo estoy enamorada de un agente del FBI —sonreí entre lágrimas, sin poderme creer que eso estuviera pasando de verdad. Que Liam hubiese luchado con sus demonios y que me quisiera y me estuviera buscando. Era un sueño hecho realidad—. No quiero que él cambie. Él es más que suficiente. Él también es lo único que quiero. Pero tampoco dejaré que deje su trabajo por mí. Y tampoco quiero a un hombre que no trabaje—intenté bromear, pero él me miraba seriamente.

—Haría lo que fuera por ti, Eva. Pide y lo tendrás.

—Lo único que tienes que hacer, si es lo que sientes, es amarme, Liam. Lo único que quiero es que me quieras.

—Lo hago, no te imaginas cuánto, pero no siempre sabré demostrarlo —dijo mortificado.

—Solo sé tú y haz lo que sientas en cada momento.

Me besó y casi me derrito entre esos brazos. Lo había echado tanto de menos... No me podía creer que hubiera regresado a buscarme.

—¿Porque esto significa que viniste a por mí, verdad? —la duda en mi voz por culpa de mis pensamientos.

Liam soltó una carcajada.

—Vengo dispuesto a secuestrarte si es necesario.

—Oh, no, me iré contigo de buena gana.

—A mi casa —dijo muy serio—. Con anillo, boda y niños —me advirtió.

Me quedé quieta, sin poder moverme.

—¿Estás seguro?

—De lo único que he estado seguro en mi vida, Eva, es de que eres tú. Siempre fuiste tú.

Lloré mientras me besaba. Parecía que por fin la vida nos daba una oportunidad. Y juntos.

—Te quiero —susurró sobre mis labios—. Y no sé vivir sin ti.

Sonreí y lo miré a los ojos.

—Siempre serás tú, Liam.

Después de quince años, podía asegurar, que eso jamás iba a cambiar.

Una boda diferente

La boda se celebró en el pueblo de la novia, que también había sido el pueblo del novio. Aunque aquello, más que una ceremonia, parecía un evento de agentes federales.

Decenas de ellos, vestidos de paisano, en este caso de traje de chaqueta que era lo indicado para la ocasión, salvaguardaban la iglesia de cualquier posible amenaza.

—¿Quién puede atacarnos? —había preguntado la novia al ver a la cantidad de hombres armados que había allí —¿Una ardilla? —miró al cielo, pidiendo paciencia.

Estaba acostumbrada a las exageraciones de su futuro esposo. Le encantaba el control y si a eso le sumábamos que su hermano, el de ella, también se había convertido en un federal y que Noah, el mejor amigo de los anteriores era otro, no era extraño imaginar que eso pareciera todo menos una boda.

Ahí se oía caer un alfiler al suelo y ya estaban preparados para disparar veinte agentes.

No se podía ser más exagerado...

La novia se paró en la entrada del pasillo que la llevaba al altar, iba del brazo de su padre, cuando se dijo a sí misma que estaba equivocada, que todo podía ir a peor.

—¿De dónde han salido tantos? —le preguntó a su padre, mirando a la larga lista de hombres armados que formaban un pasillo para que ella llegara hasta el novio, sin importarles si los invitados podían ver a través de ellos o no.

—Eso es porque no has visto los que hay fuera —rio su padre.

—Joder, como para salir corriendo —suspiró la novia.

—Si es lo que quieres, encontraremos cómo.

—Papá —rio ella, porque no pensaba hacerlo. Solo tuvo que mirar al novio que estaba esperándola en el altar y que parecía algo nervioso, para saber que cruzaría un infierno, de ser necesario, para llegar hasta él.

Era el hombre al que amaba. Nunca hubo ni habría nadie como él.

Comenzó a caminar hacia el altar. La gente en silencio. Los agentes, que tenían que tener munición de sobra para acabar con media ciudad, estaban todos con las manos tácitamente colocadas.

Miedo, a la novia le daba miedo de que entrara un simple ratón en la iglesia.

Al lado del novio, Alan y Noah, sus dos padrinos. Acompañando a la novia como damas de honor, las hermanas de Liam.

La familia feliz, los amigos dispuestos a pegar tiros a diestro y siniestro ante cualquier tipo de amenaza.

La novia suspiró, si eso era lo que le quedaba...

Pero cuando miró a ese hombre que le estaba poniendo el anillo en el dedo y que la miraba con todo el amor del mundo, se olvidó de todo. Como lo hizo él, que solo tenía ojos para ella.

Ya solo existían el uno para el otro, como sucedía siempre que estaban juntos. Eran un amor del pasado que no solo había vencido las adversidades de la vida, sino también el tiempo y la distancia.

Era un amor irrompible que, seguramente, duraría para siempre.

Porque para cada uno de ellos, siempre fue y sería el otro.

Noah y Alan

—Ha sido una boda bonita —sonrió Alan.

—Sí —afirmó Noah, miró, a quien ya era su compañero también, de reojo—. ¿Estás llorando? —rio.

—No —negó el otro rápidamente.

—Sí que lo está —dijo la novia mientras le daba un abrazo a su hermano.

Estaban en el salón de celebraciones, Alan y Noah en la barra, sentados dándole la espalda y criticando, como dos marujas, a la mayoría de personas de salón. Las únicas que se libraban eran todas aquellas mujeres solteras que les hacían desviar la vista.

—Es solo que se me metió algo en el ojo —se defendió Alan.

—Un día te veré así, ¿sabes? —sonrió la novia.

—¿Así cómo? —la pregunta del hermano, recelosa.

—Llorando mientras das el sí quiero a una mujer.

—Ni en sueños —dijo horrorizado.

—Antes veremos a este —el novio apareció por detrás, abrazando a su nueva y preciosa esposa, le dio un beso en el cuello y rio mirando a su compañero Noah.

Este se hizo el tonto y miró para detrás a ver a quien se estaba refiriendo el capullo del novio.

—Es a ti, deja de hacerte el idiota —rio Liam.

—Yo jamás pasaré por el altar —juró Noah—. Puede que me enamore, en realidad lo hago casi cada día, pero por el altar, no —negó rápidamente.

—¿Qué tienes en contra de eso? —rio Eva.

—Es encadenarte. Y yo no quiero eso, quiero ser libre —sonrió con picardía.

—Ya te llegará quien te ponga las cadenas —le aseguró Liam.

—Más pronto de lo que pensáis —de repente, Paul Smith se acercó al pequeño grupo que tanto parecía divertirse en ese día tan especial.

—El que faltaba —gimió Noah—. ¿No descansas ni en días así?

—Yo no hago nada —el loquero se encogió de hombros—. Solo observo.

—¿Y de ahí deduce todo? —preguntó Alan, impresionado.

—De lo que observo, de lo que me decís y de lo que calláis sobre todo —esto último lo dijo mirando al novio, con él sabía muy bien que lo principal era deducir, porque le seguía costando la vida que le explicase sus sentimientos.

Al loquero, claro está. Porque decirle a su mujer cuánto la quería no le costaba ningún trabajo. Liam iba por buen camino.

—¿Y con eso predices? —siguió Alan.

—Sí y no suelo equivocarme —sonrió, con petulancia, Paul.

—¿Y se puede saber qué crees que va a ocurrir? —Alan estaba realmente interesado. Los novios reían mirando la cara de Noah, que parecía pasar de la conversación, hasta que Paul Smith lo volvió a nombrar.

—De esta boda saldrá la siguiente y será Noah quien pase por el altar.

La cara de horror del susodicho no tenía precio.

—Que os den —dijo mientras desaparecía, corriendo, de allí.

Las carcajadas de Liam y Eva resonaron por todo el recinto viendo al adonis desaparecer.

—Entonces tendremos convite otra vez —rio Alan.

—Dos más, para ser exactos —afirmó Paul con la cabeza.

Alan miró a ese hombre al que ya le llamaba como los demás, “tocapelotas”. Miró a su hermana, quien afirmaba, igualmente y terminó mirando a su amigo y cuñado, quien lo hacía aún más.

Si Noah corrió, lo de Alan ya fue un visto y no visto.

—Te gusta asustarlos —rio Liam cuando sus dos amigos y compañeros se marcharon.

Paul lo miró con el ceño fruncido.

—A veces no te enteras de nada, ¿verdad, Liam? —por primera vez, era ese hombre quien reía.

Otro que se marchaba, dejando a los novios solos.

—¿Qué quiso decir con eso? —con el ceño fruncido, miró a su mujer.

Ella sonrió y tras darle un dulce beso en los labios, le guiñó un ojo.

—No los asustó, Liam, es que será así.

Ella terminó riendo al ver la cara de incredulidad del novio y volvió a besarlo, hasta que se olvidó del tema.

—Te quiero —le susurró él sobre sus labios.

—Para mí sigues siendo tú —respondió ella, haciendo que los ojos de él brillaran con amor.

Una boda que se había celebrado. Un convite que acaba de empezar y una noche de bodas que sería espectacular. Un viaje de novios de un mes por Europa. ¿Qué más podían pedir dos personas que dejaron de ser solo un recuerdo pasado para convertirse en un futuro?

Nada, solo podían pedirse el uno al otro. Y con eso, todo estaría bien.

Siempre.

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Una boda diferente

Noah y Alan